

SERVICIO
SECRETO

SS

LA MASCARA DE CRISTAL

Adam Surray



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

LA MASCARA DE CRISTAL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.536

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.522. -Operación Utopía.

En Colección TEXAS:

878. -El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.099. -Dos tejanos.

En Colección PUNTO ROJO:

863. -La ley del asfalto.

En Colección COLORADO:

1.141. -Escrito con sangre.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

386. -Amarga simiente.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

444. -Dama de tréboles.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 37002 - 1979
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: enero, 1980

© Adam Surray - 1980
Texto

© Miguel García - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650 Barcelona - 1980

La injuria te coloca por debajo del enemigo. La
venganza te iguala a él. Sólo el perdón te coloca por
encima...

Benjamín Franklin

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre frisaba en los treinta y cinco años de edad. Alto. Delgado. De movimientos cansinos que en realidad ocultaban una agilidad felina. Su rostro era alargado, de ojos hundidos, nariz aguileña y pómulos prominentes.

Lucía chaqueta logan con cuello en pico, recto y sin cortes. Camisa a rayas, en algodón, con cuello *smoking* y pantalón en pana de algodón.

Ocupaba una de las mesas próximas a la vidriera exterior del «*snack*». Un cigarrillo humeaba en la comisura de sus finos labios. A sus pies había depositado un maletín negro.

Hizo chasquear los dedos.

Cuando la mujer situada tras el mostrador le dirigió una inquisitiva mirada, alzó el vaso vacío.

La mujer asintió procediendo a preparar otro combinado.

Sin evitar una leve mueca.

Zumo de naranja con *whisky*.

Sí.

Había gustos para todo.

El individuo del maletín era el único cliente del local. En aquellas primeras horas de la mañana, los que no estaban ya trabajando podían permitirse el lujo de seguir durmiendo.

Judith había comenzado el turno en el «*snack*» dos horas antes. Para poder servir a los obreros de las cercanas fábricas. Todos agolpados sobre el mostrador. Vociferantes. Apestando ya de buena mañana. Con sus risas y comentarios obscenos en torno a Judith.

Y Judith les correspondía con maldiciones y epítetos muy poco femeninos. Estaba acostumbrada a tratar con gentuza.

El individuo del maletín era distinto. Un tipo no habitual en barrio Wood. Sin duda, forastero en Chicago.

Ninguno de Barrio Wood desayunaba zumo de naranja con

whisky.

Judith salió tras el mostrador portando el combinado.

Aunque el individuo no parecía prestarle mucha atención, Judith decidió adornar sus caderas con un sensual balanceo.

Desaprovechado.

El fulano no le hizo maldito caso.

Continuaba con sus persistentes miradas hacia el exterior del local. El espectáculo en Arnold Street no era ameno. Algunos contados peatones y un tráfico casi nulo.

Era mejor el número de Judith.

Ya había sobrepasado con creces los treinta años, pero como toda fruta madura resultaba muy apetecible. Un cuerpo pródigo en exuberantes curvas. También su rostro era atractivo. Sus carnosos labios provocaban instintivamente lascivos placeres.

Judith se inclinó sobre la mesa para depositar el vaso. Deliberadamente.

Consciente de que el audaz escote del vestido dejaba muy poco para la imaginación.

—¿Alguna otra cosa?

El individuo desvió la mirada de la cristalera.

Sus ojos, fríos e inexpresivos acusaron el impacto.

Por unos instantes destellaron al contemplar los opulentos senos de Judith. Libres de sujetador o cualquier otra prenda. En casi su total esplendor. Turgentes y palpitantes. Próximos a salir del osado escote.

—No, gracias. Nada más.

Los ojos del individuo volvieron a eclipsarse.

De nuevo su mirada se desvió hacia el ventanal.

Aquello no desanimó a Judith. Había detectado el lujurioso brillo en la mirada del hombre.

Sonrió sospechando que se enfrentaba a un tipo tímido.

Y Judith sabía cómo engatusarles.

Fue hacia la máquina tocadiscos del local. Tras introducir una moneda de veinticinco centavos seleccionó un tema musical. Nada de *rock* o música estridente de discoteca.

Un ritmo lento.

Cadencioso.

Y Judith comenzó a bailar.

¿Bailar?

No.

Aquello era algo más.

Judith empezó por un suave movimiento de caderas.

Muy lento.

Siguiendo el ritmo.

Deslizó sus manos por los muslos subiendo hasta abarcar el vientre para luego posarse sobre los pronunciados senos. Los acarició una y otra vez. Voluptuosamente. Con la cabeza hacia atrás. Con un leve jadear. Como en éxtasis.

No existía tal éxtasis.

Con el rabillo del ojo observaba la reacción del individuo.

Judith sonrió interiormente.

El fulano iba espaciando sus miradas al ventanal. Los ojos volvieron a brillar. Devorando el cuerpo femenino, no obstante dedicaba también rápidas miradas al exterior. Como si esperara a alguien.

El disco dejó de girar.

Judith suspiró.

En sus labios se acentuó la sensual sonrisa.

—¡Me enloquece el baile!... No le habrá molestado la música, ¿verdad?

El individuo demoró unos instantes la respuesta.

—No. También yo soy un... entusiasta.

Aquella leve inflexión en la voz del individuo se originó manteniendo la mirada fija en el ventanal.

Consultó rápido la esfera de su reloj de pulsera.

—¿Ya se marcha? —inquirió Judith, sin ocultar su decepción.

—Aún dispongo de unos quince minutos.

La sonrisa tornó a Judith.

Provocativa.

—En quince minutos se pueden hacer muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Judith entornó los ojos.

Ya le tenía en sus redes. Le sacaría cien dólares. O tal vez más. Parecía un tipo de dinero.

—Podemos bailar... o tomar una copa en el reservado.

—Me inclino por lo segundo.

Judith amplió la sonrisa.

El individuo perdía timidez a pasos agigantados.

—Es un reservado algo... especial. A decir verdad, el local no dispone de reservados. Se trata de una pequeña habitación que utilizamos mi compañera y yo cuando el turno de noche se prolonga en demasía y nos corresponde abrir a la mañana siguiente. Es un dormitorio, ¿comprende?

—¿Cuánto?

Sí.

El individuo había comprendido a la perfección.

—Cien dólares.

—¿Qué hay de los clientes? Puede entrar alguno y...

—Eso tiene fácil solución —Judith se aproximó a la puerta girando el cartel y colocando el cierre—. Nadie nos molestará.

—¿Eres la propietaria?

—Como si lo fuera, querido. El dueño sólo aparece a la hora de recoger la recaudación del día. Además... será cuestión de poco tiempo, ¿no es cierto?

—Ya menos de quince minutos.

Judith rió en cantarina carcajada.

—Tampoco tiene que ser tan rápido. Sígueme... Me llamo Judith.

El hombre no correspondió mencionando su nombre.

Judith, experta en aquellas situaciones, tampoco lo preguntó.

Le condujo hasta una puerta situada tras el mostrador.

La estancia era reducida.

Al igual que el mobiliario.

Un camastro, un lavamanos, un pequeño armario con espejo y un par de sillas.

El individuo dejó el maletín sobre una de las sillas.

Fue entonces cuando Judith le echó los brazos al cuello apretujándose contra él. Entreabrió los carnosos labios dejando asomar su lengua.

El hombre la rechazó.

—Directamente al asunto, nena. Tengo muy poco tiempo.

Judith parpadeó perpleja.

Al ver que el individuo procedía a despojarse de la chaqueta, también ella deslizó el cierre del vestido. La prenda cayó a sus pies.

Quedó tan sólo con un minúsculo *slip* que hizo deslizar por las caderas para acto seguido tenderse sobre el camastro.

El hombre no tardó en volcarse sobre ella.

Judith, ante la proximidad del rostro del individuo, no pudo evitar un escalofrío. Originado por la mirada del hombre. Un extraño brillo asomaba ahora a sus ojos. No era un destello de deseo.

Un fulgor difícil de catalogar.

Era... demoníaco.

Sí.

Un satánico y cruel destello.

Judith empezó a lamentar haber provocado aquella situación, pero ya era demasiado tarde para rectificar. Sus pensamientos se quebraron al ser poseída salvajemente por el individuo.

Una leve exclamación de dolor brotó de Judith.

Como buena profesional simuló de inmediato disfrazándola de gemido de placer.

Por poco tiempo.

Las caricias del individuo eran brutales. Aprisionaba salvajemente los senos de Judith hundiendo los dedos en la turgente carne. Alternando con sádicos mordiscos.

—Me haces daño... me haces daño... por favor...

El individuo no parecía oír las quejas.

Jadeante y sudoroso culminó el acto en prolongado espasmo. Permaneció unos instantes inmóvil. Con los dedos clavados en los senos femeninos. Lentamente se incorporó.

Las uñas quedaron marcadas en los senos de Judith.

La mujer respiraba entrecortadamente.

Con los ojos nublados.

Difícilmente había contenido las lágrimas.

Afortunadamente todo había sido muy rápido.

El individuo terminó de vestirse.

De espaldas a Judith abrió el maletín.

—Reconozco que he sido un poco brusco, nena. Mereces algo más que esos cien dólares.

Judith, que se había sentado al borde del camastro, esbozó una sonrisa.

Después de todo, aquél iba a ser un buen día.

Su sonrisa se transformó en mueca de terror.

—No... no...

El individuo empuñaba una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón. Apretó el gatillo.

Fríamente.

Fue como el descorchar de una botella de champán.

Judith había descorchado muchas botellas en su vida, pero ninguna con tan trágicas consecuencias.

El disparo, casi a quemarropa, le alcanzó en la frente.

Judith cayó violentamente hacia atrás. Quedó con los brazos en cruz. Los ojos muy abiertos. Pronto quedarían nublados por la sangre que asomaba del negruzco orificio dibujado sobre su frente.

No.

Aquél no fue un buen día para Judith.

CAPÍTULO II

El individuo desmontó el tubo silenciador de la «Super-Star» acoplando el arma en un receptáculo del maletín.

Se ajustó unos guantes de piel antes de hacer girar el pomo de la puerta.

Bajo el umbral dirigió una inquisitiva mirada a la entrada del local.

La puerta semi vidriera permitía ver a cualquier posible cliente. No había nadie.

El hombre del maletín avanzó hacia la mesa donde poco antes tomara el combinado de naranja y *whisky*.

Introdujo los dos vasos en el limpiador automático.

Acto seguido abandonó el *snack*.

Sin mover el cartel colocado sobre la puerta.

El individuo consultó el reloj. Aunque posiblemente no fueran puntuales, contaba con el tiempo justo.

Fue hacia la cabina telefónica de Arnold Street.

Visible desde el «*snack*» de Judith.

Tomó el auricular haciendo girar la parte superior del micro. Al quitar el caperuzón descubrió la pequeña llave.

La guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Abandonó la cabina caminando por Arnold Street hasta su cruce con Taylor Road. Prosiguió su deambular hasta alcanzar el 1407.

Penetró en el edificio.

No utilizó el elevador.

Con ágil paso alcanzó la última planta llegando a la puerta de acceso a la terraza.

Desde allí saltó acrobáticamente a la azotea vecina. Y después a la siguiente, deteniéndose frente a la puerta de una buhardilla.

Extrajo la pequeña llave para franquear la puerta.

El desván carecía de mobiliario. El polvo acumulado delataba su

condición de deshabitado.

El individuo abrió una trampilla perfectamente camuflada en el suelo. Sin necesidad de utilizar cuerda o escalera se deslizó hábilmente por el hueco. Flexionó las piernas al dejarse caer.

Con la destreza de un felino.

Permaneció unos instantes inmóvil.

Como si temiera que el leve encuentro de sus zapatos de goma contra el suelo resultara alarmante.

El silencio era total.

El hombre avanzó por el apartamento. En dirección a uno de los ventanales que comunicaban con la fachada principal.

Levantó el sucio cristal.

Una bocanada de aire palió la humedad existente en el interior.

El individuo empuñó los ojos a la vez que sus labios se curvaban en siniestra sonrisa.

Fijó su mirada en un edificio distante.

Al otro lado del Vans Garden. Formando esquina con los cruces de Scott Street y la Wray Avenue.

Un edificio de cuatro plantas.

El hombre se despojó de los guantes para abrir el maletín.

Sentado en el suelo, la espalda apoyada en la pared, comenzó a sacar las diferentes piezas.

Primero la culata.

Luego acopló parte del cañón.

Minuciosamente, como si realizara un ritual, fue formando el complicado rifle de precisión. Culminó la operación ajustando el teleobjetivo.

Acarició el arma.

Desde el cañón a la culata.

Con verdadero placer.

Aqué era su instrumento de trabajo.

Se ladeó para asomar levemente el cañón por el ventanal. Enfocó al edificio de cuatro plantas. A su entrada.

Manipuló en la mira telescópica con extremada delicadeza. Moviendo milimétricamente el visor.

Depositó el rifle sobre un paño que extendió en el suelo.

Encendió un cigarrillo.

Manteniendo su mirada fija en el apartado edificio.

Iba a resultar un disparo difícil.

Sólo un experto, un profesional, lo podría efectuar con éxito; aunque con la incertidumbre de un posible fallo. El margen para el error, dada la distancia, era considerable.

Se necesitaban nervios de acero y un arma adecuada.

El hombre apartó el cigarrillo de los labios exhalando una bocanada de humo. Su zurda no tembló lo más mínimo. Tampoco en su rostro se delataba la menor emoción.

Sí.

Nervios de acero y demoníaca sangre fría.

En cuanto al arma...

Aquél era un rifle especial.

De asombrosa precisión. Un arma única. Fabricada en exclusiva.

Un modelo singular.

Acorde con su propietario.

También él era único.

El mejor.

En el rostro del individuo se dibujó fugaz una leve mueca.

Entornó los ojos al divisar el vehículo blindado que circundaba el Vans Garden para enfilar hacia los cruces de Scott Street y Wray Avenue. Se detuvo frente al edificio de cuatro plantas.

Descendieron seis individuos.

Cuatro de ellos uniformados y con rifles en posición de disparo. Formaron pasillo hasta la puerta mientras que los dos individuos de paisano penetraban en el edificio.

El hombre del maletín atrapó el rifle.

Amartilló el arma para acto seguido apoyar firmemente la culata en el hombro derecho.

Enfocó el teleobjetivo.

El dedo índice sobre el gatillo. Con suavidad. Rozándolo...

Del edificio salieron tres individuos.

Los dos que habían penetrado minutos antes y un tercero. Éste con las manos esposadas.

Sobre ese tercer hombre se centró la mira telescópica.

Le siguió durante una fracción de segundo.

El dedo se curvó más sobre el gatillo.

Contuvo la respiración cuando las coordenadas perfilaron la frente del individuo.

Descendió muy levemente.

Entre los ojos.

Apretó el gatillo.

Rápidamente se incorporó procediendo a desmontar el rifle e introducirlo en el maletín.

No se molestó en comprobar si su disparo había resultado mortífero.

Jamás fallaba.

Era un profesional del crimen.

El mejor.

CAPÍTULO III

Donald Walker, inspector del
F. B. I.,
sonrió animosamente.

—¿Nervioso, Norton?

Mike Norton correspondió a la sonrisa. Era un individuo joven. De unos treinta años de edad. Rostro bronceado y de angulosas facciones. Pelo negro con mechones acariciando la frente. El labio superior adornado por un bigote caído y espeso a lo Brassens.

—En absoluto, señor.

—Cuando termine el caso le concederé unas vacaciones, Norton. Ha asumido con estoica paciencia este desagradable papel.

—Un momento, inspector —intervino un tercer individuo—. Yo llevo dos años sin disfrutar de una semana de descanso. También estoy en el caso Russell y...

Donald Walker le interrumpió.

—Usted es un buen agente, Goring; pero aún le falta mucho por aprender para alcanzar la categoría de su compañero Norton.

—Somos de la misma promoción.

—Cierto. Eso creo recordarlo —el inspector esbozó una irónica sonrisa—. Mike Norton fue el número uno.

—Yo ocupé el segundo puesto.

—Con una pequeña diferencia, Goring. Contando por el final.

Los tres hombres rieron.

Aquella familiaridad no era habitual en el inspector Walker; pero con ella quería disfrazar su propio nerviosismo. Era un veterano del Federal Bureau of Investigation. Colaborador eficaz del mítico Hoover. Estaba acostumbrado a todo peligro, sin embargo...

Aquello era distinto.

No se trataba de enfrentarse a un enemigo. Cualquier situación de peligro límite no amedrentaba a Donald Walker. Había desafiado

en infinidad de ocasiones a la muerte. Al mando de sus muchachos. Con la única preocupación de que ninguno de sus G-men

pagara con la vida.

Y ahora...

Ahora exponía deliberadamente la vida del mejor de sus agentes.

—Todo saldrá bien, señor —dijo Mike Norton, leyendo los pensamientos de su superior—. De seguro que Clark Russel ya estará entrando sano y salvo en la audiencia. Declarará contra la organización de Gallagher y uno de los mayores tentáculos de la mafia quedará seccionado.

El inspector Walker chasqueó la lengua mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—No debí llevar a la práctica este maldito plan.

—¿Por qué no? Yo lo considero perfecto. Lamentablemente la organización de Gallagher tiene contactos en el mismísimo F. B. I.

El poder de la mafia, soborno y terror, le abre muchas puertas. Nos consta que muchos policías, políticos y funcionarios están a sueldo de Garry Gallagher. De no haber seguido este plan, Clark Russel no se sentaría hoy en el banquillo de los testigos. ¿No opinas igual, Ralph?

Ralph Goring asintió.

—Seguro, Mike.

El inspector consultó el reloj.

Forzó una sonrisa.

—Ya falta poco. Pronto llegará el blindado para recogernos.

—Y entonces habré terminado mi comedia.

—Falta el acto más importante, Mike.

Walker y Norton centraron su mirada en Ralph Goring.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe muy bien, inspector, Y tú también, Mike. —Goring encendió un cigarrillo. Su rostro se ensombreció—. Garry Gallagher, de intentar algo, lo hará ahora. A la salida o en el trayecto hasta el palacio de audiencias. Sus contactos le habrán indicado el refugio de... Clark Russel. Sólo nosotros tres, y el agente Raglan, que en estos momentos conduce a Russel, estamos al corriente del plan. No

hay infiltraciones. Garry Gallagher ignora que un hombre del F. B. I.

está ocupando el lugar de Russel.

—¡Maldita sea! ¡Usted ha dirigido personalmente las medidas de seguridad! ¿No es cierto, Goring?

—Correcto, señor. Estos tres días he inspeccionado la zona palmo a palmo. Todos los edificios cercanos desde donde pueda actuar un francotirador están sometidos a vigilancia. Los pisos desocupados dotados de un sistema de alarma en caso de violencia. El vehículo blindado llegará con seis hombres armados hasta los dientes. Dudo que Gallagher provoque una batalla campal.

—Entonces ¿qué diablos trata de insinuarnos?

La edad de Ralph Goring era similar a la de su compañero Norton. También de rostro bronceado, atractivo...; aunque sus facciones eran más duras. Más frías.

—El peligro puede estar durante el recorrido.

—¿Atacar un vehículo blindado en el centro de Chicago? No sea ridículo, Goring. Es como un carro de combate.

—Tal vez, señor. Y se limitarán a colocar un potente explosivo en determinado punto de nuestro recorrido o nos someterán al disparo de un lanzagranadas.

—Tiene demasiada imaginación, Goring.

—¿De veras? La organización de Garry Gallagher, vinculada a la mafia, es capaz de fabricar una bomba atómica. Gallagher sólo quiere eliminar a Clark Russel, pero dudo que le importe hacer saltar por los aires a sus acompañantes. Sin reparar en el número.

—Conozco sobradamente al bastardo de Garry Gallagher —dijo el inspector Donald Walker—. ¡Llevo años tras él!

—Con nulo resultado.

El inspector fijó sus ojos en Ralph Goring.

—Cuide su lengua, Goring. No quisiera redactar su tercer expediente disciplinario del año.

—El cuarto, señor.

Antes de que Donald Walker respondiera, sonaron unos golpes a la puerta.

El propio inspector del

F. B. I.

se incorporó para abrir.

Un individuo pelirrojo asomó la cabeza.

—Comunicación del agente Hammond, inspector. Desde el vehículo blindado. Se encuentran en la zona del Seward Park. Llegarán en veinte minutos. Todo bajo control.

—No interrumpa la comunicación, Hedley. A partir de ahora quiero contacto permanente con Hammond.

—Muy bien, inspector.

Donald Walker cerró nuevamente la puerta.

Sonó la nerviosa risa de Mike Norton.

—Me molesta estar engañando a mis propios compañeros. Thomas Hadley, Cliff Hammond... y todos los demás. Creen estar custodiando a Clark Russel.

El inspector Walker movió afirmativamente la cabeza.

—Comparto ese malestar. Sólo por un par de manzanas podridas es necesario fumigar el árbol; pero lo comprenderán. Para que el plan diera resultado se necesitaba la máxima prudencia y discreción. Fue una suerte su asombroso parecido físico con Russel.

—¿Parecido? —recalcó Mike Norton, riendo de nuevo—. Me he teñido el pelo de negro, dejado bigote y llevo lentillas oscuras. Mi mujer, que me cree en Washington, no me reconocería. ¡Yo soy rubio y de ojos azules!

La risa de Norton fue coreada por sus dos acompañantes.

Se hizo el silencio.

Un silencio tenso.

Ralph Goring abrió la nevera portátil situada en uno de los rincones de la estancia.

Extrajo un bote de cerveza.

—Otra para mí, Ralph —indicó Norton—. Tengo la garganta reseca.

Goring consultó a su superior con la mirada.

El inspector denegó.

De nuevo el silencio.

Cada minuto parecía durar una eternidad. Encendieron cigarrillos.

La atmósfera se fue cargando de humo.

Donald Walker consultó por enésima vez la esfera del reloj.

—Ya pronto estará aquí.

—Inspector...

—¿Sí, Goring?

—¿Dónde está ahora Clark Russel?

—Con el agente Raglan. En un apartamento cercano al edificio de la sala de audiencias. Entrará después de nosotros.

—¿Por qué esperar? Con Clark Russel en la sala de audiencias ya queda cumplido nuestro objetivo.

Walker chasqueó la lengua.

—Me sorprende su ingenuidad, Goring. ¿Recuerda el caso contra James Salkow? El testigo de cargo fue asesinado mientras se encontraba en una de las habitaciones de seguridad del palacio de audiencias. Toda prudencia es poca, Goring. Aquello estará ahora plagado de periodistas y curiosos. Es fácil cometer un atentado. Nosotros, según el plan trazado, seremos el reclamo. Sobre nosotros se centrará toda la atención... y el peligro. El agente Raglan conducirá a Russel minutos después de nuestra llegada. Con toda tranquilidad.

—Perfecto, señor.

Donald Walkerse incorporó.

Sus facciones se crisparon.

Dirigió una dura mirada a Ralph Goring.

—Sé lo que piensa, Goring. Lo adivino. Con Clark Russel a un paso de la sala de audiencias daría por finalizado el plan, ¿no es cierto? ¡Para qué correr riesgos! Hemos fracasado una y otra vez en nuestra lucha contra la organización de Gallagher. El sindicato del crimen más poderoso de Illinois. Asesinatos a sueldo, prostitución, drogas, juego ilegal, espionaje industrial, sobornos, atracos... ¡Son incontables los crímenes de la organización de Gallagher! Y usted lo sabe, Goring. ¿Acaso ha olvidado a Esther Curtis?

Ralph Goring apretó con fuerza las mandíbulas.

Su voz sonó ronca.

—No. No la he olvidado.

—Quince años, ¿no es cierto? La prostitución de menores es uno de los negocios más lucrativos de Garry Gallagher. Usted, Goring, logró ganarse la confianza de Esther. La convenció para que denunciara a Gallagher y su espeluznante trata de blancas; pero cuando acudió a la cita se encontró con una Esther moribunda. Con una sobredosis de heroína. Esther, ya en los umbrales de la muerte, acusó de su muerte a uno de los hombres de confianza de Gallagher.

¿Qué conseguimos, Goring? ¡El ridículo! Los abogados de la organización demostraron que Esther Curtis era drogadicta y que Garry Gallagher no guardaba ninguna relación con la muchacha. ¡Qué el agente Ralph Goring mentía! ¡Qué Esther comerciaba voluntariamente con su cuerpo para conseguir la droga! Ahora, como un milagro, se nos presenta Clark Russel. Uno de los contables de la organización de Gallagher. Le hemos trabajado mucho tiempo, Goring. Es un individuo introvertido, temeroso, con escrúpulos de conciencia... Va a declarar contra Garry Gallagher. Nombres, datos, fechas... Todos los negocios sucios al descubierto. ¿Sabe lo que eso significa para nosotros? ¡No podemos permitirnos el menor error! ¡Clark Russel tiene que sentarse sano y salvo en el banquillo!

—Sí, señor.

El inspector desvió ahora su mirada hacia el silencioso Mike Norton.

—Usted no fue obligado a aceptar el trabajo, Norton. Por su parecido con Clark Russel, acentuado con el maquillaje y demás, fue uno de los seleccionados. Le sugerí mi idea y aceptó voluntariamente.

—Desde luego, señor. Y no estoy arrepentido de ello. Soy un agente del Federal Bureau of Investigation y mi vida está al servicio de la ley.

Donald Walker resopló con fuerza.

Sonrió.

—Gracias, Norton.

El interfono situado sobre la mesa emitió un leve sonido.

El inspector pulsó una de las palancas.

Le llegó una voz.

—Comunicación del agente Hammond, señor. Ya se encuentra bordeando el Vans Garden.

—¿Qué hay de los agentes desplazados por la zona? —inquirió Walker.

—Sin novedad, señor. Hace unos minutos realicé una ronda de comunicación con cada uno de ellos. Todo en orden.

—Salimos ahora. Hedley.

Ralph Goring y Mike Norton se incorporaron.

Intercambiaron una mirada.

Una sonrisa.

Mike Norton tendió las manos para que su compañero le colocara las esposas.

El inspector Walker abrió la puerta.

Se les unieron dos individuos más.

Todos ellos avanzaron por un amplio pasillo encaminándose hacia la salida del edificio.

El vehículo blindado ya se había detenido frente a la entrada.

Cuatro agentes uniformados protegían el paso.

Penetraron dos individuos de paisano.

—Todo dispuesto, inspector —dijo uno de los recién llegados.

—Adelante, Hammond.

Donald Walker hizo una seña.

Ralph Goring empujó al esposado.

Abandonaron el edificio.

Mike Norton custodiado por los dos individuos de paisano salidos del vehículo blindado.

Tras ellos el inspector Walker, Goring, Hedley y dos hombres más.

Sólo cuatro pasos.

Cuatro fueron los pasos realizados por Mike Norton antes de retroceder violentamente. Con la cabeza proyectada hacia atrás. Acusando el brutal impacto.

No llegó a caer.

Los brazos de Goring le detuvieron.

Sus miradas se encontraron.

Sólo que los ojos de Mike Norton ya no podían ver.

Estaban nublados por la fría y fantasmal mano de la muerte.

CAPÍTULO IV

Todos reaccionaron.

Todos a excepción de Ralph Goring.

Tras unos instantes de general aturdimiento el inspector Walker comenzó a vociferar órdenes.

—¡Alerta a todos los hombres distribuidos por la zona, Hedley! ¡Hammond, comunica con la Metropolitan Pólice! ¡Que envíen varios coches patrulla y acordonen Barrio Wood! ¡Y una ambulancia!

—¡Dispararon desde aquel edificio, inspector! —exclamó nerviosamente uno de los policías uniformados—. ¡Al otro lado del Vans Garden! Desde el último piso... pude ver cómo un destello...

—A esa distancia es imposible que...

—Estoy seguro, inspector.

—¡De acuerdo, maldita sea! Acuda con otro agente a echar un vistazo... ¡Hammond! Cliff Hammond, manipulando en la radio del vehículo blindado, asomó la cabeza.

—¿Sí, señor?

—¡Solicita también la presencia de un helicóptero de la Metropolitan Pólice! ¡Qué sobrevuele todos los tejados de Barrio Wood!

Curiosos y desocupados se fueron aproximando al lugar del suceso.

Un auto de la Metropolitan Pólice, con la luz roja girando sobre la capota, hizo su aparición con estridente ulular de sirena.

—¡Acompáñeme, Goring!

La orden de Donald Walker no fue atendida.

Ralph Goring no pareció oírle.

Parecía ajeno a todo aquel desconcierto. Permanecía inclinado sobre Mike Norton. Sosteniendo su cabeza. La sangre goteaba sobre el asfalto formando ya un rojo y viscoso charco.

—¡Goring!

Ralph Goring reaccionó a la llamada del inspector.

Alzó la mirada.

—Está... está muerto...

—¡Y el asesino con vida!... Maldita sea, Goring... ¡Muévase!

Ralph Goring se incorporó lentamente.

Contempló sus manos.

Manchadas de sangre.

Con la mirada fija en el cadáver de Mike Norton murmuró unas palabras.

Ininteligibles.

Una despedida... o una promesa.

El inspector Donald Walker le esperaba ya en el interior de un «Pontiac» color negro. Ralph Goring se situó frente al volante.

—¡Aquel edificio, Goring! —señaló el inspector—. El del supermercado. Un agente asegura haber visto algo sospechoso en el último piso.

Ralph Goring no formuló comentario alguno.

Pisó a fondo el pedal del gas haciendo rugir el motor. Velozmente circundó el Vans Garden deteniéndose frente al edificio indicado.

Descendieron del vehículo.

—¿No hay ninguno de nuestros hombres aquí, Goring?

—No, señor —respondió Goring, secamente—. Están en los edificios más cercanos. Dudo que desde aquí se efectuara el disparo.

Pasaron al elevador.

Al abandonar la cabina en el último piso tropezaron con uno de los policías uniformados.

—Está cerrado, inspector. El casero ha ido en busca de la llave. Se trata de un piso deshabitado que...

Ralph Goring proyectó violentamente el pie derecho contra la puerta.

Con gran estruendo hizo tambalear el cierre. Completó su acción cargando seguidamente contra la hoja de madera que cedió al brutal empuje.

El inspector Walker, que iba a mostrar su disconformidad por el método empleado, optó por enmudecer. Penetraron en el apartamento.

Fueron hacia los ventanales que comunicaban con el Vans Garden.

Llegó también un individuo.

Jadeante y sudoroso.

—Me han destrozado la puerta... ¡No tenían ningún derecho a hacerlo...!

—Cierre la boca —dijo Goring, sin dignarse a mirarle.

—Cumplí sus órdenes —protestó el casero—. No ocupé el apartamento. Tampoco nadie se interesó por alquilarlo. Se lo hubiera comunicado. Yo soy un buen ciudadano que colabora gustoso con...

Ralph Goring sí le dedicó ahora una mirada.

Y los fríos ojos de Goring hicieron callar al individuo.

—Me he equivocado, ¿verdad, inspector? —inquirió el policía—. Tal vez fue un efecto óptico, pero juraría que...

—No se ha equivocado —dijo Goring—. Dispararon desde aquí. Desde esta misma habitación. Hay una ligera capa de polvo uniformemente extendida por todo el suelo. Sin embargo, junto al ventanal, la lámina de polvo se quiebra. Incluso el asesino tuvo tiempo de fumar un cigarrillo. Se llevó la colilla, pero no pudo evitar dejar restos de ceniza.

El policía parpadeó.

Contemplando perplejo la insignificante huella que para él hubiera pasado desapercibida.

—Avisa al agente Cliff Hammond —indicó Donald Walker—. Dígame que hemos dado con el lugar. Que envíe a los muchachos de dactiloscopia.

El policía marchó a cumplir la orden.

Ralph Goring se aproximó al pálido casero.

—Creo recordar su nombre... Oliver Parrot, ¿verdad?

—Sí...

Goring extrajo un pequeño cuaderno de notas.

—Este apartamento llevaba desocupado algo más de un mes. Al igual que la buhardilla, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Nadie, en los últimos tres días, se interesó por ocupar las viviendas?

—No. Le hubiera informado de ello. Yo soy...

—Sí. Ya lo ha dicho antes. Un ciudadano ejemplar.

El agente Thomas Hedley hizo su aparición.

—Tengo un mensaje para usted, inspector.

Donald Walker hizo una seña al casero.

El individuo abandonó precipitadamente el apartamento.

—¿Qué hay, Hedley?

El agente Thomas Hedley tragó saliva.

—Malas noticias, inspector. Ha telefoneado Raglan. Se trata de Clark Russel. No piensa declarar contra Gallagher.

CAPÍTULO V

Sidney Raglan arrojó furioso el cigarrillo.

—No pude evitarlo, inspector. Entre los periodistas que esperaban frente al palacio de audiencias se originó un gran revuelo. De inmediato todos abandonaron el lugar. Russel lo contempló desde la ventana y fácilmente adivinó lo ocurrido. La marcha de los periodistas sólo podía significar una cosa.

—¿Está ahí dentro?

—Sí.

El inspector se encaminó hacia la puerta.

—Espera con Raglan, Goring —indicó al ver que el agente hacía ademán de seguirle—. Puede que sin testigos logre convencer nuevamente a Russel.

Penetró en la estancia cerrando tras de sí.

Clark Russel estaba junto al ventanal.

Giró como si le hubiera picado un escorpión.

Su rostro aparecía perlado de diminutas gotas de sudor que resbalaban para agruparse en el espeso bigote.

Desencajó las facciones.

—¡Muerto!... ¡En sus propias narices! ¡Pude haber sido yo! ¡Ese hombre ocupaba mi lugar!

Walker asintió.

—Correcto, Clark. Y ha muerto por ti. Para que pudieras declarar contra Garry Gallagher.

—¡Al diablo con eso! ¡No lo haré! ¡No quiero morir!

—Nada te va a ocurrir, Clark. Estamos a un paso de la audiencia. Garry Gallagher cree haber terminado contigo. Se llevará una buena sorpresa al verte aparecer.

—¿Y después?

El inspector arqueó las cejas.

—¿Después? Nada ha cambiado, Clark, Tenemos preparado tu

pasaporte. A nombre de Samuel Roach. No es un nombre falso. Lo hemos creado para ti. Figura con todos los documentos debidamente legalizados. Partida de nacimiento, certificado de estudios, residencia... Ya conoces tu nueva personalidad. La estudiaste muy entusiasmado y a plena conformidad. ¿Sigues decidido a marchar a España? Te gustará aquello.

—No voy a declarar contra Gallagher.

—Hicimos un trato, Clark. Declarabas contra la organización y te proporcionábamos nueva personalidad, un buen fajo de billetes y protección hasta salir de los EE. UU. También hasta el día de la vista. ¿En qué hemos fallado?

Russel rió nerviosamente.

—¿Y aún lo pregunta? ¡Han liquidado al hombre que me suplantaba! ¡A un agente del F. B. I.!

Si son incapaces de proteger a uno de los suyos... ¿cree que lograré llegar sano y salvo al avión? No, inspector... Lo he pensado bien. Reconozco que fui un estúpido al enfrentarme a Gallagher. Debí estar loco...

—¿Vas a permitir que víctimas inocentes sigan cayendo? Tú conoces los negocios de Gallagher. Prostitución, drogas, muerte...

—¡No es asunto mío! —exclamó Clark Russel, llevándose las manos a las sienes—. Ya no estoy con Garry Gallagher. ¡Acabar con él es problema del Federal Bureau of Investigation!

Walker le dirigió una despectiva mirada.

—Eres un cobarde... y un iluso. ¿Crees acaso que después de tu intento de traición vas a seguir con vida? Gallagher te ha sentenciado. El mismo asesino que mató hoy a Mike Norton acabará contigo.

Russel denegó.

Moviendo una y otra vez la cabeza.

—No... tengo en mi poder algo que enviaría a Gallagher a prisión por el resto de sus días. A él y a todos los miembros importantes de la organización. Se lo haré saber a Gallagher. Si algo me ocurriera...

—Okay, Clark. No declares hoy contra Gallagher. Ni hoy ni nunca. Supongamos que él no intenta nada contra ti. Pasados unos días te proporcionamos el vuelo a España y tú nos indicas dónde

recoger ese... algo comprometedor para la organización Gallagher.

—Ahora es usted el que peca de iluso, inspector. Gallagher me someterá a vigilancia. Día y noche. Y aunque lograra salir de los Estados Unidos... Ni en el mismísimo infierno estaría a salvo de una sentencia de la Cosa Nostra, No, inspector. No cuente conmigo. Es mi última palabra. Soy demasiado joven para morir.

Donald Walker se encaminó hacia la puerta.

Antes de girar el pomo dirigió una mirada a Russel.

—No olvides leer los periódicos, Clark. Con frecuencia se habla de jóvenes muertas por sobredosis de heroína o tomas en malas condiciones. También de muchachas torturadas y muertas por negarse a la prostitución organizada de Gallagher. Recuerda que también son demasiado jóvenes para morir. Espero que ese pensamiento no de un solo segundo de descanso a tu conciencia.

Donald Walker salió de la habitación.

Ante las inquisitivas miradas de Raglan y Goring, movió negativamente la cabeza.

—¿Puedo hablar yo con él, señor?

—¿Para qué? Sería perder el tiempo, Goring. No logrará convencerle. La muerte de Mike Norton le ha hecho ver nuestra ineficacia. Está dominado por el miedo.

—Sólo unos minutos, señor.

Walker se encogió de hombros.

—Como quiera.

Ralph Goring pasó a la habitación.

Y a los pocos segundos se escucharon los desgarradores gritos de Clark Russel.

Walker y Raglan se precipitaron hacia la puerta.

Clark Russel estaba en uno de los rincones de la estancia. Sangrando por las cejas, nariz y boca. Se mantenía en pie merced a que Ralph Goring le sostenía la cabeza con la zurda aferrándole por los cabellos, mientras que la mano derecha golpeaba una y otra vez las ya ensangrentadas facciones de Russel.

Donald Walker detuvo su nervioso deambular por el despacho.

Retornó tras la mesa escritorio.

—Su comportamiento es indigno de un agente del

F. B. I.,

Goring. Ni tan siquiera le sirve de atenuante la muerte de Norton.

Todos lo hemos lamentado. Todos dominamos en nuestro interior la ira e impotencia. Sabemos quién es el culpable y nada podemos hacer. Me consta que su amistad con Norton...

Ralph Goring, sentado frente a la mesa, alzó vivamente la cabeza.

En sus ojos un fuerte brillo.

—¿Amistad? Mi infancia transcurrió unida a la de Mike Norton. En los barrios bajos neoyorquinos. Luchamos codo con codo por salir de aquella miseria. Eran tiempos difíciles. En más de una ocasión me tentó el dinero fácil, los negocios poco limpios o la corrupción reinante; pero Mike Norton estaba allí para aconsejarme. Abandonamos Nueva York. Dieciocho años, bolsillos vacíos; pero mucha experiencia adquirida en el asfalto. Algún tiempo en Filadelfia, Baltimore, Richmond, Washington... Fue en Washington donde Mike me sorprendió con su ingreso en la Metropolitan Pólice. Como vulgar patrullero. Y fue él quien me convenció. También yo lucí el uniforme. Los estudios en la Academia de Policía, el posterior ingreso en el Federal Bureau of Investigation... Siempre guiado por Mike Norton. ¿Amistad? Mike fue más que un hermano.

—Y mi mejor agente.

Ralph Goring esbozó una sonrisa.

—Sí. Por eso está muerto. Los mejores mueren primero.

El inspector fingió no oír el comentario.

—Voy a olvidar lo ocurrido con Clark Russel. Le convencí para que no presentara denuncia contra usted.

—Lástima que no le convenciera para declarar contra Gallagher. Ahora todo se ha ido al diablo. La causa ha sido anulada y somos el hazmerreír de la ciudad.

—El terror ha superado los escrúpulos de conciencia de Clark Russel —murmuró Donald Walker—. Le hablé de las continuas víctimas de la organización Gallagher. Los estragos de la droga, la prostitución de menores...

—No es eso lo que realmente inquieta al Federal Bureau of Investigation. Son los negocios ilegales o legales a gran escala, los monopolios, las multinacionales, los sobornos a políticos, el espionaje y demás actividades de Gallagher las que preocupan al Departamento de Justicia y al Tío Sam.

—Todo nos preocupa.

Ralph Goring rió sarcástico.

—A mí no tiene que engañarme, señor. No soy Russel ni pertenezco a la población sensiblera. Drogas y prostitución son negocios mínimos en la organización de Gallagher. Los menos importantes para el

F. B. I.

Mientras la juventud «viaja» no piensa en la nefasta política del Tío Sam.

El rostro de Walker se ensombreció.

—Está diciendo tonterías, Goring.

—¿De veras, señor?

Los dos hombres se miraron fijamente.

Unos golpes en la puerta rompieron el tenso silencio.

Donald Walker autorizó la entrada en su despacho.

Apareció el agente Thomas Hedley.

—Tengo el informe preliminar de dactiloscopia, inspector. Desalentador, aunque hemos aclarado algunos puntos. El asesino entró mediante una trampilla abierta en la buhardilla.

—¿Y cómo entró en la buhardilla?

—Se desmontó la cerradura y colocaron una nueva.

Se descubrió cuando indicamos al casero que abriera la puerta con su llave.

—Un buen trabajo. Nada de puertas forzadas ni violencia. Mientras todo permaneciera aparentemente en orden, ninguna investigación. Gallagher siempre cuenta con profesionales. Ninguna huella, ¿verdad?

—Estarnos trabajando en algunas pisadas, pero ninguna huella dactilar.

—Tampoco las necesitamos —dijo Walker, con ronca voz—. Dadas las características del crimen, la considerable distancia y asombrosa puntería, limita las pesquisas. Sólo un hombre es capaz de semejante proeza.

—¿Bottoms?

El inspector asintió.

—Correcto, Goring. Frank Bottoms. Ése es nuestro hombre.

—Bottoms tiene su campo de acción en Nueva York.

—Frank Bottoms es un asalariado de la mafia. Está donde se le ordena. El año pasado liquidó al presidente de la «Heston

Company», de Los Ángeles. Tres meses más tarde actuó en Dallas, después en Nueva Orleans. Bottoms está a las órdenes del mejor postor. Le contratan «capos» rivales. Todos le respetan y perdonan esa falta de fidelidad a un patrón fijo. Saben que cuentan en Frank Bottoms con el elemento más seguro para realizar un asesinato. Sólo un individuo de la destreza de Frank Bottoms pudo haber efectuado el disparo que acabó con Norton.

—Entonces... ¿es nuestro sospechoso número uno?

—Seguro, Hedley. Ya he dado las órdenes oportunas. Todas las salidas de la ciudad sometidas a control tienen una foto-robot de Bottoms. Creo que no le hemos dado tiempo a salir de Chicago.

—Hay algo más, inspector —dijo Hedley—; aunque puede que no guarde relación con el caso. Se trata del asesinato de una mujer. Una tal Judith Reed, camarera del *snack* Shamrock situado en Arnold Street. En Barrio Wond. A poca distancia del Vans Garden. Un disparo a quemarropa.

—Comunica al Departamento de Homicidios que nos hacemos cargo del caso.

—Muy bien, señor.

Thomas Hedley abandonó el despacho después de dejar unos papeles sobre la mesa.

—Me gustaría llevar el caso de esa mujer, inspector —solicitó Goring—. Intuyo que sí guarda relación con la muerte de Norton.

—De acuerdo, Goring, aunque había pensado en darle una semana de descanso. La tiene solicitada desde hace mucho tiempo.

Ralph Goring empuñó los ojos.

Fijos en su superior.

—¿Por qué ahora, señor?

—No quiero que ninguno de mis hombres anteponga sus sentimientos personales al cumplimiento del deber.

—Por encima de todo soy un agente del

F. B. I.

—Correcto, Goring. Espero que no lo olvide. Otra cosa...

—¿Sí?

—Myrna Norton. Aún no sabe nada. Para ella su marido está realizando una misión en Washington. Dentro de una hora tengo convocada la rueda de Prensa, No quiero que conozca lo ocurrido por los medios de comunicación. No se ha informado oficialmente

que el muerto no es Clark Russel, sino un agente del

F. B. I.;

pero la verdad corre ya a media voz. Si quiere que hable yo con...

Ralph Goring denegó con un movimiento de cabeza.

—Lo haré yo, señor. Yo hablaré con la viuda.

CAPÍTULO VI

La conoció cinco años atrás.

En el lujoso hotel «Executive House», de Chicago. Fue a los pocos meses de ingresar en el *Federal Bureau of Investigador*, Ralph Goring y Mike Norton controlaban a un individuo hospedado en el hotel.

Una muchacha encantadora. De serena y dulce belleza. Tímida. Desplazada en el cosmopolita y elegante ambiente del «Executive House». Llevaba poco tiempo en el cargo. Y tampoco permaneció mucho. Aquello no era para ella. Aunque con un sueldo inferior aceptó el oscuro empleo de traductora para una editorial.

Mike Norton se enamoró de ella.

Siempre fue un tipo afortunado.

Y el hombre que consiga el amor de una mujer como Myrna puede considerarse el más feliz de los mortales.

Y así fue.

Cinco años de matrimonio.

Cinco años de felicidad que Ralph Goring adivinaba en el rostro de su compañero y amigo.

Felicidad que culminó con el nacimiento de Freddy.

Ralph Goring no creía en el amor. No era partidario del matrimonio, sin embargo reconocía que sólo en una mujer como Myrna se encontraba la felicidad.

Una felicidad que nada ni nadie podía quebrar.

Excepto la muerte.

—¡Ralph!... ¡Qué agradable sorpresa! ¿De dónde sales?

Goring forzó una sonrisa al recibir el beso en la mejilla.

—Hola, Myrna.

—Eres el hombre más huraño del mundo. ¿Por qué rechazaste nuestra invitación? ¡Era el cumpleaños de Freddy!

—Yo... estaba muy ocupado...

—¡Mentiroso! —rió Myrna en cantarina carcajada—. Adelante, Ralph. Mike no está, supongo que eso ya lo sabes. Misión secreta fuera de Chicago. Creo que en Washington.

Pasaron al salón.

Acogedor.

Cada rincón, cada mueble, en cualquier objeto se adivinaba la mano femenina.

—Sé que no debo preguntar nada, pero estoy deseando el regreso de Mike. Le echo mucho de menos.

Y Freddy también. Casi una semana de ausencia. Se había dejado bigote y...

—Myrna...

—Sí, lo sé. No puedes decirme nada. Mike ya me lo advirtió el mismo día de nuestra boda. El casarse con un agente del F. B. I.

tiene muchos inconvenientes.

Myrna rió tras simular la voz de Mike Norton.

Ralph Goring volvió a forzar una sonrisa.

Una mueca.

Sintió la garganta seca. Un nudo. Como si una mano invisible le atenazara por el cuello.

—¿Puedo tomar un trago?

—¡Por supuesto, Ralph! Ésta es tu casa. ¿Has almorzado?

—¿Cómo?... Ah, sí —mintió el *G-men* acudiendo al mueble bar.

Se sirvió un doble *whisky*.

—Freddy y yo hemos almorzado hace poco. Ahora está echando un pequeño sueño. Freddy también pregunta por ti, Ralph. Le entusiasmó el robot que enviaste por su cumpleaños.

—Cuatro años, ¿no?

Myrna asintió.

Con el rostro radiante de felicidad.

Y aquello hizo temblar al frío e insensible Ralph Goring.

Vació el *whisky* de un solo golpe.

El temblor de la diestra del agente del

F. B. I.

no pasó desapercibido para Myrna.

—¿Ocurre algo, Ralph?

Enfrentaron sus miradas.

Ralph Goring se vio reflejado en aquellos negros y profundos ojos. De limpia y noble mirada. Contempló aquel rostro de perfectas facciones ahora ensombrecidas por la duda y el temor.

—Ha muerto, Myrna. Han matado a Mike.

Ralph Goring, apenas pronunciadas aquellas palabras, se maldijo.

Durante el trayecto hasta allí había ensayado una y otra vez la forma de comunicar lo ocurrido.

Sopesando cada una de las palabras.

Y ahora lo soltaba bruscamente.

Myrna adquirió la palidez de la azucena. Movi6 repetidamente la cabeza mientras sus trémulos labios pugnaban por esbozar una sonrisa.

—No... no es cierto... no puede ser verdad...

—Myrna...

—Dios mío, no... ¡No es cierto!... ¡Él es mi vida!... ¡No puede estar muerto!... ¡No!... ¡NO!...

La mujer ocultó el rostro entre sus manos.

Ralph Goring quedó inmóvil.

Sin saber qué hacer.

Sin saber qué decir.

La entrecortada voz de Myrna fue un tenue susurro.

—Me acompañarás al... depósito, ¿verdad, Ralph?

—Por supuesto, Myrna. Cuenta conmigo para todo cuanto necesites.

—Voy a cambiarme de vestido. ¿Quieres avisar a Stella? La he saludado hace un par de horas. No le importará cuidar de Freddy.

Goring asintió.

Abandonó el *bungalow*.

Bajo el porche encendió un cigarrillo.

Las facciones del *G-men* endurecidas. Crispadas. Con un destello de odio reflejado en las pupilas.

Succionó repetidamente el cigarrillo.

Procurando calmar la ira que le dominaba.

De encontrarse ahora frente a Garry Gallagher le hubiera vaciado el cargador en la cabeza.

Sin contemplaciones.

Sin darle la menor oportunidad.

Arrojó el cigarrillo.

A grandes zancadas acudió hacia el seto lindante con el *bungalow* vecino.

Lo saltó ágilmente.

Avanzó hacia la casa.

Ya próximo al porche le llegó una música.

Bordeó el *bungalow*.

Sobre el césped que circundaba la piscina yacía una mujer. De unos veinticuatro años de edad. Con los brazos en cruz. La negra mata de su pelo extendida y formando sedoso abanico. Su cuerpo perlado de gotas de agua.

Un espectáculo turbador.

En otras circunstancias, Ralph Goring se hubiera recreado en aquella sensual visión.

La muchacha estaba totalmente desnuda. Su bronceada piel recibía sin obstáculos las caricias del sol. Los senos subían y bajaban en acompasado respirar coronados por la rosada aureola de los pezones. El liso vientre también acusaba un tenue palpitir. Las gotas de agua se agrupaban destellantes sobre el ensortijado vello. La curva de las caderas contrastando con la estrecha cintura.

Un cuerpo escultural.

De la cabeza a los pies.

Digno de una diosa griega.

Sí.

En otras circunstancias el *G-men* hubiera dedicado toda la atención merecida.

—Hola, Stella.

La muchacha abrió los ojos dando un respingo. Tendió veloz su diestra hacia la toalla de baño cubriendo parcialmente su desnudez.

Parpadeó.

Aún con los ojos repletos de sol.

Desconectó el casete.

—Ralph... ¿por dónde has entrado? He cerrado con...

—Vengo del *bungalow* de Myrna.

—¿Cuánto tiempo llevas babeando frente a mí? Eres un...

—Myrna te necesita —interrumpió Goring—. ¿Puedes cuidar del pequeño Freddy?

El grave y seco tono de voz empleado por Goring hizo que los

ojos de la joven parpadearan de nuevo.

—Sí, claro... ¿ocurre algo?

—Mike ha muerto.

El rostro de Stella acusó la noticia reflejando una mueca de estupor e incredulidad. Sus ojos, tan llenos de sol, se nublaron.

Se incorporó.

—Estaré en cinco minutos, Ralph.

Stella avanzó hacia la puerta del salón que mantenía acceso con el jardín. Sobre el césped quedó la toalla.

Stella ni tan siquiera se percató de ello.

CAPÍTULO VII

El aplomo demostrado por Myrna Norton resultó sorprendente.

Esperaban verla llorar abrazada al cadáver de Mike Norton. Incluso que se desmayara al contemplar el cuerpo aún con las recientes cicatrices de la autopsia.

Nada de eso ocurrió.

La tímida y delicada Myrna mostró una entereza admirable. Se diría que aún no había asimilado lo ocurrido. Tal vez mañana, en el entierro, se derrumbara toda su fortaleza.

Los detalles del funeral, hora y lugar quedaron a cargo del inspector Walker. Acompañó a Myrna en su regreso a casa. Mostrando un tacto mejor que el de Ralph Goring. Una mayor comprensión. Ternura...

Sí.

Ralph Goring sólo rezumaba odio y deseos de venganza.

De ahí que de inmediato abandonara el depósito.

Tenía mucho trabajo por hacer.

Quería cazar cuanto antes al asesino de Mike Norton.

Al volante de un «Buick» enfiló hacia Barrio Wood.

Había recabado información al teniente Burns, del Departamento de Homicidios. Él realizó las primeras investigaciones antes de que el caso de Judith Reed fuera absorbido por el Federal Bureau of Investigation.

El teniente había interrogado a Jack Hooper, propietario del «snack»; a Gladys Malleson, empleada del mismo y a un tal William McHugh supuesto prometido de la víctima.

Ralph Goring tenía una copia de aquellos interrogatorios.

Muy poca cosa.

Tampoco testigos.

Nadie vio a un posible sospechoso en el «snack». Fue un cliente el que descubrió el cadáver y cursó aviso a la policía. Un cliente

habitual que, al encontrar el local desierto, husmeó hasta dar con el cadáver.

Se había dado prioridad al caso.

De ahí que Ralph Goring conociera ya el informe preliminar de la autopsia.

El asesino había tenido acceso carnal con Judith Reed. Sin aparente violencia física. Sólo que al final pagó con plomo.

Ralph Goring aprovechó la detención frente a un semáforo para encender un cigarrillo. El tráfico era intenso.

Las calles de Chicago ya engalanadas con multicolores anuncios de neón. El «Polynesian Room», «London House», «Empire Room», «Boulevard Room»... Los elegantes *night-clubs* iniciaban su jornada nocturna.

En uno de ellos, el «Royal Flush», posiblemente el más lujoso de Chicago, la fiesta sería sonada.

El local era propiedad de Garry Gallagher.

Y allí estarían celebrando su triunfo. No habían liquidado al traidor Clark Russel, pero éste tampoco se había presentado a declarar.

Los *night-clubs* de la organización Gallagher sumaban más de la veintena. Lujosos, moderados e ínfimos.

Enclavados en la Michigan Avenue o en la más miserable de las callejuelas de la ciudad. El dinero era igualmente bueno para Gallagher.

Poco importaba si procedía de las altas o bajas esferas.

El vicio organizado era rentable en ambas.

Ralph Goring ya circulaba por Barrio Wood.

Detuvo el auto en Welles Street. Frente a una casa de fachada gris.

Aquél era el domicilio de Gladys Malleison.

Cuarto piso, apartamento doce.

El *G-men* tomó el elevador.

Apenas salir de la cabina pudo oír los gritos femeninos. Llamadas de socorro.

Un individuo semi calvo asomaba la cabeza por la entreabierta puerta del apartamento once. La cerró al divisar a Goring.

Los gritos procedían del apartamento doce.

Sin duda las llamadas de auxilio pertenecían a Gladys.

Ralph Goring golpeó la puerta.

—¡Policía!... ¡Abran la puerta!

Por toda respuesta se acentuaron los gritos femeninos.

El *G-men* golpeó de nuevo la hoja de madera.

Se percató de que el curioso vecino semi calvo estaba de nuevo observando.

Acudió hacia él con rapidez, impidiendo que le cerrara la puerta.

—¡Soy policía y...!

—Yo no sé nada —dijo nervioso el semi calvo—. ¡No quiero complicaciones!

—¡Las tendrá si no colabora! ¿Hay escalera de incendios? ¿Se puede pasar desde su apartamento al de Gladys Malleson?

—Sí, pero...

Goring no le dejó seguir.

Empujó violentamente la puerta haciendo retroceder al individuo.

—¡Indíqueme el camino!... ¡Rápido!

El hombre obedeció conduciendo a Ralph Goring hasta la cocina. Le señaló una abierta ventana.

—El balcón es contiguo al de Gladys, pero tiene que realizar un peligroso salto que...

El *G-men* ya estaba en el balcón.

El salto, para cualquier agente del

F. B. I.,

resultaba de fácil ejecución, Goring lo salvó con agilidad.

El balcón comunicaba también con la cocina.

Paso velozmente al corrector y, guiado por los gritos, avanzó hacia una de las habitaciones.

Gladys yacía sobre el lecho.

Un individuo la inmovilizaba presionando su rodilla derecha sobre el vientre de la mujer. Una y otra vez golpeaba el rostro femenino.

—¡Quiero la verdad, Gladys!... ¡Habla de una vez, condenada furcia!

Ralph Goring llegó ante el individuo.

Atrapándole por el hombro le hizo girar para seguidamente proyectarle un puñetazo en el estómago.

El hombre se dobló.

Lo suficiente para que Goring le acondicionara un trallazo en la nuca.

El individuo, joven y corpulento, gateó por el suelo sin perder el conocimiento. Demostrando una asombrosa capacidad de reacción.

—Maldito entrometido... —El hombre esgrimió una navaja de resortes. Hizo salir la hoja—. ¿Quién eres?

—Agente del

F. B. I.

—¿De veras?... No te creo, pero aunque fueras el mismísimo presidente...

El hombre se abalanzó sobre Goring.

Con el brazo derecho extendido.

El agente del

F. B. I.

le esquivó con facilidad aplicándole un golpe de karate. Aunque aquello ya resultaba suficiente se aseguró con un golpe no aprendido en la Academia de Quántico.

Un seco rodillazo en los testículos.

El hombre quedó boquiabierto. Con los ojos desorbitados. Pálido. Tras unos instantes inmóvil, encorvado, se dejó caer retorciéndose y aullando.

Goring desvió la mirada hacia la mujer.

—¿Gladys Malleson?

La mujer asintió instintivamente.

Frisaba en los treinta años de edad. Rostro atractivo, aunque ahora su belleza era contrastada por la sangre que manaba de sus carnosos labios y por los hinchados pómulos. Su cuerpo, generosamente mostrado por la abierta bata, no parecía acusar huella alguna de castigo. Los opulentos senos, sin duda por el forcejeo, aparecían fuera del frágil sujetador.

—¿Quién eres tú?

El individuo seguía boqueando.

Con ambas manos en el bajo vientre.

Incapaz de articular palabra.

Gladys respondió en su lugar.

—Es William McHugh. El novio de... Judith.

—¿Por qué te atizaba? —Goring mostró su placa—. Soy Ralph

Goring, agente del

F. B. I.

Responde a mis preguntas, Gladys. Estoy investigando la muerte de tu compañera.

La mujer dirigió una despectiva mirada a William McHugh.

—No lo sé... Está loco... le ha trastornado la muerte de Judith.

—Mientes, sucia ramera... —murmuró McHugh, incorporándose con lentitud—. ¡Mientes!

El *G-men* aproximó su placa hasta casi rozar la nariz de William McHugh.

—Agente del

F. B. I.,

William. Controla tus impulsos, ¿de acuerdo? —Al ver que el individuo movía afirmativamente la cabeza, Goring añadió—: Y bien, William. ¿Por qué le dabas ese repaso a Gladys? Tú eres un buen chico. Tengo entendido que te ganas honradamente los garbanzos en tu pequeño taller de mecánica.

—Judith era mi novia... íbamos a casarnos...

—¡Jamás se hubiera casado contigo, imbécil!

—Cierra la boca, Gladys —ordenó Goring—. Ya te tocará el turno. Responde a mi pregunta, William.

—Judith no era mala... pero sí tenía pésimas amistades —McHugh dirigió una feroz mirada a la mujer—. Tampoco era bueno el ambiente del «Shamrock». Por las noches eran frecuentes las orgías.

—¡Está loco! ¿Orgías? —gritó Gladys—. Simplemente bailábamos y...

El brazo derecho de Goring trazó un semicírculo.

Veloz.

Su diestra se estrelló contra la mejilla de Gladys.

En un violento trallazo que hizo caer de espaldas a la mujer.

Gladys parpadeó.

Estupefacta más que dolorida.

También William McHugh dirigió una incrédula mirada al agente del

F. B. I.

—Te lo advertí antes, Gladys —dijo Goring, con voz carente de inflexión—. No es tu turno. Contestarás sólo cuando te pregunte.

Sigue, William.

—¿Cómo?... Ah, sí... Esa habitación del «Shamrock», donde se encontró el cadáver de Judith, la utiliza Gladys con ciertos clientes de confianza. Y me temo que Judith también lo hacía. En ocasiones se presentaba con un nuevo vestido, una pequeña joya...

—¿No podía ahorrarlo de su sueldo?

William McHugh denegó.

Su voz pareció quebrarse.

—Habíamos comprado una pequeña casa en Sasdy Creek. Allí instalaría mi nuevo taller. Todas las semanas ingresábamos nuestros respectivos sueldos, a excepción de una pequeña cantidad para gastos, a cuenta del pago de la casa. Judith, cuando le preguntaba de dónde procedía el vestido o las joyas, respondía que eran de Gladys. ¡Pero mentía! Ahora lo sé. Uno de esos... clientes la mató. ¡Un maldito hijo de perra mató a mi Judith!

Los ojos de William McHugh se nublaron.

Fue incapaz de contener las lágrimas.

—Vamos a cazar al asesino, William. No lo dudes. Pagará su crimen.

McHugh cerró con fuerza los puños.

—De eso estoy seguro. ¡Yo me encargaré de ello!

—Es trabajo nuestro, William.

—¡Yo amaba a Judith! ¿No lo comprende?

—Lo comprendo perfectamente, pero si entorpeces en lo más mínimo nuestra labor te apartaré de la circulación por una temporada.

—¡Adelante, Goring! ¡Hágalo! Puede detenerme por resistencia a un agente del

F. B. I.

O tal vez Gladys presente una denuncia contra mí. ¿Qué dices a eso, ramera?

Gladys, con la mirada fija en Goring, no se atrevió a despegar sus ensangrentados labios.

—Lárgate, William —dijo el agente del

F. B. I.

—. Cuando llegues a casa toma una ducha fría.

—Nos volveremos a ver, Goring.

—Entonces lo sentiré por ti.

William McHugh abandonó la habitación.

Segundos más tarde se escuchaba un sonoro portazo.

—¿Un cigarrillo, Gladys? —Goring se acomodó en el lecho junto a la mujer—. Disculpa mi brusquedad de antes.

—Comparada con la de William resultó insignificante.

—¿Dijo la verdad?

—¿Referente a...? Oh, no —Gladys succionó el cigarrillo ofrecido manchando la boquilla de rojo—. Cierto que no algunos clientes nos tomamos algunas libertades. Bailes, inocentes caricias...

—Ya.

—William es un tipo celoso y de ahí sus sospechas.

—¿Sabes una cosa, Gladys? Hay un departamento de policía especializado en la lucha contra el vicio. Tengo allí buenos amigos. ¿Quieres que te presente a alguno de ellos? La mujer palideció.

—Yo no...

—¿A quién diablos tratas de engañar? Ejerces la prostitución con clientes del «*snack*», ¿no es cierto?

—Es... esporádicamente...

—¿También Judith?

—Sí. Casi siempre, para no dejar desatendido el local, cuando realizábamos juntas el turno. En las primeras horas de la noche. Cuando mayor es la afluencia de clientes.

—Judith estaba hoy sola.

—Si son horas de escaso trabajo solemos colocar el cartel de cerrado, aunque por poco tiempo.

—¿Siempre con clientes de confianza?

—Sí, pero también si se deja caer algún mirlo blanco.

Goring esbozó una sonrisa.

Confundir a Frank Bottoms con un mirlo blanco...

—¿Por qué has silenciado esto al teniente de Homicidios? Te preguntó si Judith tenía por costumbre invitar a los clientes al... reservado. Tu respuesta fue negativa. ¿Por qué?

—Pues... yo, no quería mancillar el nombre de Judith.

—Conmover.

Ralph Goring se incorporó.

Lentamente abandonó el apartamento.

Aún quedaba mucho por hacer en aquella larga y triste noche.

CAPÍTULO VIII

Los periódicos se amontonaban sobre la mesa.

Aún con la tinta fresca.

Todos los matutinos comentaban en grandes titulares la muerte del agente Mike Norton. Y también el doble fracaso del Federal Bureau of Investigation. En rueda de Prensa el inspector Donald Walker les había reseñado el plan. Arriesgar la vida de uno de sus mejores hombres para que Clark Russel se sentara en el banquillo del fiscal.

El nombre de Garry Gallagher no figuraba, pero se leía entre líneas. Se adivinaba. Pronunciarlo, acusarle sin pruebas del asesinato de Norton, ocasionaría aún más disgustos al

F. B. I.

Garry Gallagher no figuraba, aunque estaba en la mente de todos.

Tampoco se mencionaba a Frank Bottoms.

El sospechoso número uno para el

F. B. I.

No era prudente dar su nombre.

Era necesario que se confiara, que se arriesgara a salir de su escondite, y entonces...

—¡Está en la ciudad! —vociferó Walker, golpeando con el puño la mesa del despacho—. ¡Seguro! Contados minutos después de la muerte de Mike Norton se controlaron todas las salidas de Chicago. ¡Proporcionamos su descripción a todos los departamentos de policía!

—Tal vez no fuera Bottoms.

El inspector fijó su mirada en el agente Sidney Raglan.

—Sólo él pudo hacerlo, Raglan. Los de balística han trabajado toda la noche tratando de descubrir el arma homicida; pero lo único que pueden determinar con certeza es que se trata de un rifle de

precisión similar al

«THX-77»

o el

«Ball-AB».

Sólo que más perfeccionado. Con un mayor alcance y potencia de tiro. Conocemos el «*modus operandi*» de Frank Bottoms y su rifle en... exclusiva. No hay error. Se trata de Bottoms.

—Ésta es también mi opinión, señor —corroboró Goring—. He permanecido horas en la sala de archivo y documentación. Estudiando el historial de Frank Bottoms. Un amplio *dossier* de sangre y muerte, pero también con datos muy interesantes. Junto con su «*modus operandi*» tenemos sus peculiares costumbres y vicios. Judith Reed es un eslabón más que nos conduce a Bottoms.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo, Raglan —intervino el inspector—. Su compañero se refiere a determinados vicios de Frank Bottoms. Su debilidad son las mujeres. Es un obseso sexual. Hace unos años, nuestros compañeros de Detroit, estuvieron a punto de cazarlo en un burdel. Horas más tarde de que cometiera un asesinato. Ése es su único punto débil. Las mujeres. Se arriesga por disfrutar de compañía femenina. Aun sabiendo que le buscan es capaz de deambular por la ciudad al encuentro de una mujer.

—Para ser un profesional del crimen, el número uno, actúa con inaudita imprudencia. Permaneció con Judith Reed poco antes de disparar contra Mike. El forense dictaminó que entre ambas muertes no hay un lapsus de tiempo superior a una o dos horas, ¿no es cierto, Ralph?

—Sí. Frank Bottoms, desde el momento en que entró en el «*snack*», sentenció a la mujer. No quería dejar un posible testigo de su presencia allí. Judith se le insinuó. Y el muy bastardo aceptó para luego disparar fríamente sobre ella. La bala correspondía a un «Super-Star» de

72 mm;

pero en los datos transmitidos al National Crime Information Center han resultado negativos. Imposible catalogar el número de fabricación, registro y demás, un arma de las denominadas clandestinas. Destinadas a profesionales del crimen.

—Lo que nos conduce nuevamente a Bottoms —añadió Donald

Walker—. Si aún sigue en la ciudad no soportará por mucho tiempo el aislamiento. He dado las oportunas órdenes. Hay un riguroso pero discreto control sobre prostíbulos, *call-girls* y demás centros de vicio. Todos los departamentos policiales colaboran con nosotros. No quedará hotel o tugurio sin registrar.

—Con Garry Gallagher al frente de la prostitución organizada no le resultará difícil suministrar una de sus pupilas a Bottoms.

—Esperemos que cometa ese error, Raglan —sonrió duramente el inspector—. Precisamente a las controladas por la organización Gallagher les dedicamos mayor atención. Son muchas las que colaboran también con nosotros. El

F. B. I.

dispone igualmente de confidentes dentro de la organización de Gallagher. Frank Bottoms es un sádico. En ocasiones se deja llevar por malsanos impulsos. En Nueva York una *call-girl* se presentó en la comisaría del Distrito catorce para denunciar a un fulano que la había torturado después de hacer el amor con ella. Cuando la policía llegó el tipo había volado del hotel, pero por la descripción facilitada se trataba de Frank Bottoms. Siempre arriesgando por una mujer. Esperemos que aquí de su último y definitivo paso. Le daremos caza. Incluso varias de nuestras agentes femeninas deambulan como *call-girls*. Hemos movilizado todos cuantos efectivos disponemos.

—¿Qué hay de Clark Russel?

En el rostro de Donald Walker se dibujó una mueca.

—Encerrado en su *bungalow*, Sin duda en espera de la visita de Gallagher.

—¿Cree que intentará algo contra él?

La pregunta de Sidney Raglan hizo que la mueca del inspector se transformara en indiferente sonrisa.

—Lo dudo, aunque tampoco me quitaría el sueño. Clark Russel es astuto. Las posibles pruebas que tenga contra Gallagher las mantendrá en lugar seguro. Son su salvoconducto. Su tabla de salvación contra Gallagher. Llegarán a un acuerdo. Entre bastardos anda el juego.

Sonó uno de los teléfonos depositados sobre la mesa.

El inspector atendió la llamada.

Conversó breves minutos para seguidamente colgar el micro.

—El funeral de Mike Norton será a primeras horas de la tarde. En el cementerio de Deeks Road. Aproveché ese tiempo para descansar y adecentarse un poco, Goring. Se ha pasado la noche deambulando por el departamento.

—Me limitaré a un afeitado y...

—Tiene algo más de cuatro horas —interrumpió el inspector Walker—. Descanse. Necesito hombres con la mente despejada, no sonámbulos. Puede retirarse.

—Muy bien, señor.

Ralph Goring abandonó las oficinas del

F. B. I.

Cansinamente.

Le resultaría muy difícil conciliar un breve sueño. Su mente estaba en la cita de horas más tarde.

En el cementerio de Deeks Road.

Un funeral muy concurrido.

Compañeros y jefes del difunto Mike Norton habían acudido a darle aquel último adiós. También se hallaban presentes algunas autoridades de la ciudad.

Y la viuda.

Myrna Norton.

Llevando de la mano al pequeño Freddy.

Las palabras del pastor oficiante fueron escuchadas en respetuoso silencio. Y el silencio se hizo aún más tenso y doloroso cuando Myrna Norton se adelantó para coger un puñado de tierra y arrojarlo a la abierta fosa.

El leve golpear contra la tapa del ataúd dado el angustioso silencio, resultó ensordecedor.

Myrna murmuró unas palabras al niño.

Todos contemplaron estremecidos al pequeño Freddy coger con su diminuta mano la tierra y arrojarla a, la tumba.

Apenas unas partículas llegaron a posarse sobre el ataúd.

El viento se llevó la insignificante cantidad atrapada por la pequeña y frágil mano de Freddy.

Un niño de cuatro años que parecía ajeno a aquella penosa escena. Sus grandes ojos azules miraban de un lado a otro sin comprender. Con el rizado cabello rubio alborotado por el viento y rivalizando con los dorados rayos del sol.

El sepulturero comenzó a cubrir la fosa.

Freddy se abrazó a su madre cuando la vio llorar.

—Dios mío... Traté de convencerla, Ralph —murmuró Stella, también con lágrimas en los ojos—. Yo misma me ofrecí a quedar cuidando de Freddy; pero fue inútil. Dijo que Freddy tenía que estar presente en el entierro de su padre.

Ralph Goring no pronunció palabra alguna.

Era incapaz.

Un nudo en la garganta le impedía incluso tragar saliva.

La ceremonia concluyó.

Se despidió el duelo dando cada uno de los presentes el pésame a la viuda.

Ralph Goring y Stella fueron los últimos en acudir junto a Myrna y el niño.

Se encaminaron hacia un «Mercury».

En el asiento trasero las dos mujeres y el niño.

El vehículo inició la marcha.

En silencio.

Un silencio que fue roto por la voz de Myrna Norton.

—Me marchó de la ciudad, Ralph. Hoy mismo. Abandono Chicago.

Goring fijó momentáneamente sus ojos en el espejo retrovisor.

Contemplando el reflejado rostro de Myrna.

—¿Por qué? Aquí tienes buenos amigos que.

—Lo sé, pero también amargos recuerdos. Ayer los periodistas cercaron mi casa. Y hoy igual.

—Eso tiene fácil solución. Haré que...

—No, Ralph. Estoy decidida —volvió a interrumpir Myrna—. Marcho a Springfield. Allí tengo irnos parientes lejanos. Es mi única familia. He delegado en una agencia la venta de la casa y el coche. No quiero permanecer ni un solo día más en Chicago. La gente es cruel, Ralph. Cierta emisora de radio sensacionalista hizo hoy burla del

F. B. I.

a raíz; de la muerte de Mike. Un agente del Federal Bureau of Investigation que muere ocupando el puesto de un mafioso... una muerte inútil... ¡Oh, Dios mío!... ¿Por qué?

Myrna ocultó el rostro entre sus manos.

Sollozando.

Los ojos del pequeño Freddy la contemplaron perplejos.

—Su muerte no ha sido inútil, Myrna —murmuró Goring—.

Ningún agente del

F. B. I.

muere inútilmente, sino en defensa de la ley y la justicia.

—Ese hombre... ese tal Clark Russel ya no declarará contra Gallagher, ¿verdad?

La voz de Goring se tornó dura.

—No, pero tampoco importa. La muerte de Mike, su sacrificio, hará caer el imperio de Gallagher.

—¿Cómo, Ralph? El

F. B. I.

lleva años en vana lucha contra el crimen organizado. Mike me hablaba de ello. Le desesperaba que los legalismos le impidieran acabar con hechos delictivos cometidos a plena luz. Los abogados de Gallagher burlaban una y otra vez la Ley.

—Yo acabaré con Gallagher, Myrna —sentenció Goring—. Al amparo de la Ley... o con la fuerza de mi revólver.

Myrna esbozó una amarga sonrisa.

Se abrazó al pequeño Freddy.

Y nuevas lágrimas surcaron sus mejillas.

CAPÍTULO IX

El avión quedó convertido en un minúsculo punto. Brillante. Dorado por los crepusculares rayos del sol. Ralph Goring arrojó la vacía cajetilla de tabaco.

—¿Tienes un cigarrillo, Stella?

—¿Cómo?... Ah, sí... Son *menthol*.

Ralph Goring asintió instintivamente, pero tras dar un par de chupadas tiró el emboquillado proporcionado por la muchacha.

—¿Puedes llevarme a casa, Stella? Dejá allí mi auto. Quiero cambiarme de ropa.

—Por supuesto Ralph.

Caminaron por el *parking* del aeropuerto.

Stella, antes de abrir la portezuela del «Mercury», elevó su mirada al cielo.

—La echaré de menos. Myrna era una buena amiga. A pesar de nuestras diferencias de carácter, nos comprendíamos a la perfección.

El hombre del

F. B. I.

se acomodó en el asiento dejando que fuera Stella quien tomara el volante.

El vehículo inició la marcha.

—Es difícil alcanzar la felicidad —dijo Goring—, sin embargo es sumamente sencillo sembrar la desgracia. Todos colaboramos a ella. Todos somos alimañas.

—¿Por qué no solicitas unos días de descanso en el

F. B. I.?

Goring entornó los ojos.

Dirigió a Stella una inquisitiva mirada.

—No necesito descanso.

—Yo podría solicitarlo también en la compañía —sonrió Stella

—. ¿Qué te parece? Una semana lejos de la infernal ciudad. Hay muchos lugares bonitos donde ir.

—Es curioso. Desde hace un año, cuando te instalaste al lado de los Norton, he tratado de convencerte para pasar juntos un *week-end*. Y ahora tú te ofreces una semana.

—Es diferente.

—¿Por qué?

Stella dudó.

Buscando las palabras adecuadas.

—Pues... me consta que necesitas un descanso, Ralph. Ignoro lo que opinan tus superiores, pero yo te separaría del servicio una semana. Estabas demasiado unido a Mike y...

—Escucha con atención, Stella. Nada, entiendes, nada ni nadie me apartará de este caso. ¡Es mío! Yo lo solucionaré y a mi manera.

—¿Venganza?

Goring sonrió.

En fría mueca.

—Correcto. Venganza. El más delicioso de los placeres.

—Eso es impropio de un agente del

F. B. I.

—No me importaría prescindir de la placa para poder calmar mi odio. Tú no conoces la organización Gallagher. Ignoras muchas cosas, Stella. Ya no me refiero a las víctimas de las drogas o la prostitución de menores. Ya no produce efecto el cadáver de una niña encontrado en un bidón de basura con síntomas de sobredosis. La masa está más pendiente del partido de *football* de The Bears. Podría hablarte de muchas cosas que justificarían el aplastar sin piedad a Garry Gallagher; pero no lo haré.

—La Ley es la encargada de castigarle.

—¿Qué ley? Myrna tiene razón. ¡Llevamos años tras Gallagher! ¡Y décadas tras la Mafia! La Cosa Nostra es cada vez más poderosa. Sus tentáculos se extienden por todos los EE. UU. Conocemos sus jefes, sus actividades, sus crímenes... y cuando detenemos a uno de los «capos» es por evasión de impuestos. Ellos triunfan bajo la ley del asfalto. Voy a combatirles con sus mismas armas.

—Estás ofuscado, Ralph.

—Te equivocas. La venganza es un plato que debe tomarse en frío. Sólo así se percibe su delicioso sabor.

El auto ya circulaba por las proximidades al Elmwood Park.

Stelia dirigió una fugaz y temerosa mirada al *G-men*.

—Esperaba en ti una mayor capacidad de reacción, Ralph. Te comportas como un principiante.

—¡Vete al diablo!

Los gordezuelos labios de la joven esbozaron una dulce sonrisa.

—¿Qué te atormenta, Ralph?

Goring respondió tras dejar transcurrir unos instantes.

—Soy en parte culpable de la muerte de Mike. Bajo mi control estaba la vigilancia de los edificios cercanos al lugar del suceso. No extremé las precauciones. Menosprecié la capacidad de los asesinos a sueldo de Gallagher, Y desde un distante edificio abatieron a Mike.

—No debes sentirte culpable, Ralph. Supongo que todo un equipo formaba parte de ese plan. Era imposible prever todos los lugares desde donde puede actuar un francotirador.

—Juré vengar a Mike. Lo juré sobre su ensangrentado cadáver. Cuando aún en sus ojos había un soplo de vida.

—El mejor homenaje que puedes ofrecer a Mike es eliminar a Garry Gallagher, pero sin olvidar que eres un agente del F. B. I.

Goring parpadeó.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro mientras sus labios iniciaban una sonrisa.

—Eres desconcertante, Stella.

—¿Por qué?

—Pues... sinceramente no esperaba tan prudentes palabras en una mujer como tú.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

Deseosa de llevar, la conversación por otros derroteros.

—Tú siempre me has juzgado mal, Ralph. Desde el primer día, ¿recuerdas?

—Seguro. Aún me parece verte en la piscina con tu mono bikini.

—Me consideraste una presa fácil, ¿no es cierto? Aparentemente sin prejuicios, alegre, sola... Apuesto que llegaste a pensar que algún magnate me pagaba el alquiler del *bungalow*.

—Me equivoqué.

—¡Ahá! Por mis conocimientos de informática soy la encargada

de la sala de computadoras de la Hawn Company. Tengo un buen empleo. Me gusta vivir. Divertirme... Mi carácter contrastaba con el de Myrna. De ahí que tú me juzgaras mal. ¿Cuál es el número?

—¿Cómo?

Stella volvió a reír.

—Ya estamos en Loy Street. Sé que vives aquí, pero desconozco el número de la casa.

—El 1512.

Minutos más tarde el «Mercury» se detenía frente a un edificio-colmena.

—¿Me invitas a un trago, Ralph? Me gustaría conocer tu apartamento. Sólo unos minutos, ¿eh?

Descendieron del auto.

Dos salas de recepción y seis elevadores.

Ralph Goring pulsó el botón diez de la cabina.

A la salida del ascensor un largo corredor en forma de «L» pródigo en puertas a derecha e izquierda.

Stella chasqueó la lengua.

—No me gusta el edificio. Es frío, impersonal...

—Espera a ver el apartamento —rió Goring, avanzando por el pasillo y deteniéndose frente a una de las puertas.

Se hizo a un lado para permitir el paso de Stella.

Cerró tras de sí.

El *living* se confundía con el salón. Éste, contiguo a la cocina. Dos habitaciones. La primera con sala de baño. Mobiliario estándar. Módulos en serie.

—Encantador.

—Celebro que te guste —Goring siguió la ironía de la muchacha—. Los había más amplios, pero me decidí por éste. Pocas veces recibo visitas.

—¿Cómo puedes vivir con tantos vecinos?

El *G-men* manipuló en el mueble bar del salón.

—Eso fue lo que me decidió. Éste es un edificio colmena. Al ser tantos los vecinos, nos ignoramos unos a otros. Ni tan siquiera sé quién ocupa el apartamento contiguo. De ser un solo vecino sería distinto, pero aquí somos tantos... ¿*Whisky*?

—Preferiría algo refrescante.

—En el frigorífico debe haber algo de cola.

Stella pasó a la contigua cocina.

Seguida de Goring.

—Apuesto que no has probado alimento en todo el día — comentó Stella, abriendo el frigorífico—. Aquí no tienes gran cosa, pero puedo prepararte...

Ralph Goring alzó el vaso de *whisky*.

—No. Esto me alimentará.

Lo vació de un solo trago.

Retornó al salón en busca de la botella. Al regresar a la cocina no encontró a la muchacha.

—¡Stella!...

—Aquí, Ralph.

Goring acudió a la abierta puerta del corredor.

Stella estaba en el centro de la estancia. Sobre la alfombra que bordeaba el lecho. Descalza. También se había despojado de la chaqueta a juego con la falda.

Se miraron a los ojos.

La muchacha le arrebató lentamente el vaso y la botella depositándolos sobre la mesa de noche.

Se enfrentó nuevamente a Goring.

—Stella...

—No, Ralph... no digas nada... no hables...

Para que cumpliera su petición, los entreabiertos labios de Stella se aproximaron a los del *G-men*.

El beso, en principio tenue, se tornó apasionado. Volcánico. Lujurioso...

Estrechamente abrazados.

Ralph Goring fue arqueando lentamente el cuerpo femenino hasta depositarlo sobre el lecho. Sin interrumpir el beso se ladeó para que su diestra manipulara en los botones de la blusa. Los túrgidos senos aparecieron protegidos por un negro sujetador calado.

Stella jadeó al ser besada en el lóbulo, en el cuello... Percibió como ávidas manos tiraban rudamente del sujetador para liberar los senos que de inmediato fueron presa de los labios de Goring.

Se abrazó aún más a él.

Pegados sus cuerpos.

El intercambio de caricias se hizo más audaz y apremiante.

Enfebrecidos por la pasión se lanzaron a una vorágine de placer deliberadamente buscada.

En un intento de olvidar, aunque fuera momentáneamente, la amargura de aquel día.

Ralph Goring apartó el cigarrillo de los labios para ofrecerlo a la muchacha. Esta acurrucada sobre el pecho masculino, denegó con un leve movimiento de su mano izquierda.

—Stella...

—¿Sí?

—Vas a lamentar haberte dejado llevar por tu espíritu redentor. Has sentado un mal precedente.

—No comprendo...

—No has querido dejarme a solas con mis negros pensamientos y...

La muchacha se ladeó bruscamente para enfrentarse a Goring.

Con un delicioso mohín en su todavía encendido rostro.

—¿Insinúas que esto ha sido un acto de... de... misericordia? No lo ha motivado un sentimiento de compasión hacia ti, Ralph. Yo necesitaba el... bueno... quiero decir que... yo... ¡No tengo nada que decirte!

Stella, roja como la grana, hizo ademán de incorporarse.

No lo consiguió.

La desnuda cintura femenina se vio abarcada por los brazos de Goring que la obligaron a posarse sobre él.

Unieron sus labios.

Largamente.

Cuando Ralph Goring deslizó sus manos por la espalda de la joven percibió un escalofrío en el cuerpo femenino.

Stella se distanció levemente.

Deslizándose sensual.

Dejando un surco de cálidos besos.

Quemando con sus ardientes labios la piel de Goring.

El inicio de aquel juego amoroso fue bruscamente roto por el timbre del teléfono. Ralph Goring y Stella dieron un respingo al unísono.

El *G-men* alargó la diestra hacia el micro situado sobre la mesa de noche.

—Goring al habla.

Le llegó una voz familiar.

Sobradamente conocida.

—Celebro localizarte, Ralph. Soy Thomas Hedley. Estoy en uno de los tugurios de Gallagher. En el «New Stop». Un individuo está vociferando que sabe quién mató a Mike Norton.

—Voy para ahí de inmediato, Thomas.

Goring colgó el auricular.

Saltó del lecho.

—Stella, debo de...

—Lo comprendo —sonrió la muchacha—. Los defensores de la ley no tienen tregua. Y tú eres uno de ellos, ¿verdad, Ralph?

Goring captó el significado de las palabras de la joven.

Correspondió a la sonrisa.

—Correcto, Stella. Soy agente del

F. B. I.

CAPÍTULO X

El «New Stop» era uno de los locales intermedios de la organización Gallagher. No muy lujoso, pero destacando de entre los demás locales que proliferaban por la zona.

Lo mejor del «New Stop» era su *show* nocturno. Siempre excitante y con novedades. A presenciarlo acudían todos aquellos ávidos de emociones fuertes. Magnates con sus orgullosas esposas que simulaban escandalizarse por la marcada pornografía del espectáculo. Las frecuentes redadas, algunas incluso provocadas por la gerencia del local, proporcionaban un atractivo más al «New Stop».

Cuando. Ralph Goring descendió del auto se le aproximó una mujer.

Lucía un ceñido vestido que se enfundaba sobre su cuerpo como una segunda piel. Rostro muy maquillado. Su andar acompañado por sensual y acentuado movimiento de caderas.

—¿Tienes fuego, amor?

Goring parpadeó.

A su rostro asomó una sonrisa mientras buscaba el encendedor.

—Infiernos, Leila... Creo que te equivocaste ingresando en el

F. B. I.

Tu verdadera vocación es la de...

—No te hagas el gracioso —interrumpió la mujer, correspondiendo a la sonrisa de Goring. Exhaló una bocanada de humo—. Lo estoy pasando muy mal, Ralph. Acabo de rechazar mil dólares que me ofrecía un viejo verde.

—¡Diablos!

La sonrisa se desvaneció en el rostro de Leila.

—Thomas está dentro. Con el fulano. Debe tratarse de un loco. Vociferaba afirmando que vio al francotirador de los periódicos, al hombre que disparó sobre el agente del

F. B. I.

Thomas Hedley quiso sacarle de ahí, pero el individuo seguía dando escándalo. Lo llevó a uno de los reservados. El señalizado con el número siete. Al fondo del local, a la izquierda de la...

—Conozco el «New Stop». ¿Cómo va tu... ronda?

Leila suspiró.

Sus senos, presionados por el ceñido vestido, marcaron al máximo los pezones sobre la fina tela.

—Rechazando montones de dólares... El «cliente» que espero no llega.

—Cuídate, Leila.

—*Okay*.

Ralph Goring penetró en el local.

Entornó los ojos acostumbrándose a la pecaminosa oscuridad reinante. Estaban en pleno *show*. De ahí que la iluminación se limitara a unos cambiantes y multicolores focos proyectados sobre la pista.

El local muy concurrido.

La mayoría de las mesas ocupadas por parejas.

En el mostrador los solitarios. Y en torno a ellos, a la caza de una consumición, las chicas del «New Stop».

Ralph Goring avanzó hacia los reservados.

Pasó desapercibido.

Todos pendientes del *show*.

Muy lógico.

Tres mulatas sobre la pista. Tres diosas de ébano. En frenética danza lésbica armonizada con descomunales bananas.

Reservado número siete.

Ralph Goring tecleó con la yema de los dedos sobre la hoja de madera. Con peculiar sonido.

Se abrió la puerta.

—Adelante, Ralph.

—Hola, Thomas. ¿Dónde...?

Ralph Goring se interrumpió al contemplar al individuo sentado a la mesa.

Las facciones del *G-men* se crisparon.

El individuo palideció.

—Maldita sea...

—¿Qué ocurre, Ralph? —inquirió Hedley, perplejo—. ¿Le conoces?

—Este estúpido es William McHugh. El novio de la difunta Judith Reed —Goring avanzó furioso, inclinándose sobre la mesa—. Explícate, William. ¿Qué significa esto?

El estupor también se reflejaba en William McHugh.

Contemplaba alternativamente a Goring y Hedley, centrando en este último sus ojos.

—¿Es... es agente del

F. B. I.?

—¡Sí, maldita sea! —gritó Goring—. ¡Es un agente del

F. B. I.!

McHugh sacudió la cabeza.

—Yo... yo creía estar tratando con uno de los hombres de Garry Gallagher.

—¿Y qué querías conseguir, William? ¿Unos zapatos de cemento?

—Los periódicos de la tarde relacionaban la muerte de Judith con la de Mike Norton. Un mismo asesino. Se dice que Garry Gallagher está tras todo ello...

—Ya. Entonces tú te presentas en uno de los locales de Gallagher vociferando que lo has visto todo y conoces al asesino. ¡Regístrale, Thomas!

Hedley cumplió la indicación de su compañero obligando a William McHugh a ponerse en pie.

Le arrebató una automática.

Una «Sterling».

—Eres un pobre loco, William —dijo Goring—. Aun suponiendo que los hombres de Gallagher te hicieran caso, ¿crees que llegarías muy lejos? Un balazo en la cabeza, un bloque de cemento a los pies y al fondo del Lake Michigan.

El corpulento McHugh asintió.

—No lo dudo, pero antes vaciaría el cargador en Gallagher. Lo que ocurra después ya no me importa.

—Pues bien, William. Ya lo has visto. Has estado por aquí incordiando y los hombres de Gallagher no te han hecho el menor caso. Son demasiado inteligentes para tan estúpido señuelo. El que mi compañero Hedley haya intervenido fue por simple rutina. El

F. B. I.

no deja nada por investigar; pero tampoco podemos permitirnos el perder el tiempo. ¿Quieres morir? *Okay. William. Adelante. Sigue vociferando y, los hombres de Gallagher, cansados de tus graznidos, puede que se decidan por cerrarte la boca.*

—Quiero vengar la muerte de Judith.

Ralph Goring empequeñeció los ojos.

Guardó en su poder la «Sterling».

—Deja ese trabajo para nosotros, William. Es un buen consejo. El último que te doy. Si sigues en tu intento sólo lograrás reunirte con Judith en el Más Allá.

Goring hizo una seña a su compañero.

Los dos hombres del

F. B. I.

abandonaron el reservado.

Las mulatas culminaban su *show* arrojando las bananas al entusiasmo público.

La fría brisa de la noche contrastó con la cargada atmósfera del «New Stop».

—Lo lamento. Ralph —murmuró Hedley—. No quiso decirme su nombre. Al tratar de sonsacarle respondía con evasivas, dejando entrever que cedía la información a cambio de dinero y que sólo hablaría de ello con Garry Gallagher. Yo no podía imaginar que se trataba del novio de Judith Reed y...

Goring encendió un cigarrillo.

—Olvídalo, Thomas. Voy a acercarme por el departamento. Puede que se reciba alguna noticia interesante.

—¿Qué hacemos con William McHugh?

—Que uno de los muchachos se convierta en su sombra.

—De acuerdo, Ralph.

Goring se introdujo en el auto.

En dirección a las oficinas del

F. B. I.

CAPÍTULO XI

El calor, aunque los incipientes rayos de sol carecían de virulencia, era sofocante. Aquello resultaba peor que un horno.

—Cálmate, Frank.

—¡Y un cuerno! Me largo, maldita sea... ¡Quiero respirar aire puro! ¡Me largo, Edmund!

Edmund Glaser era un individuo de aspecto insignificante. Orejas largas y estrechas como las de un conejo. Nariz de conejo. Y su risa parecía imitar a los conejos.

—¿Sólo quieres eso, Frank? ¿Respirar aire puro?

Frank Bottoms detuvo su furioso deambular por la estancia.

Tenía abierta la chaquetilla del pijama.

Era visible el sudor que resbalaba por su rostro.

—De acuerdo, Edmund. Voy a salir de aquí. Daré un paseo por Scott Street o por la Doy Avenue. Allí hay buen ganado. Seleccionaré a la más hermosa de todas, la llevaré a un hotel y juro que nos bañaremos en frío champán.

—Apenas asomes la nariz por la calle, cualquier calle, te encontrarás con un revólver empuñado por un agente del F. B. I.

Se lo han tomado muy en serio, Frank. Todos creíamos que se trataba de Russel, pero resultó ser un *G-men*. De ahí que el

F. B. I.,

la Metropolitan Pólice, todos los departamentos de policía estén dedicados a tu busca y captura.

—Ignoran quién lo hizo. No pueden sospechar de mí. ¿Sabes una cosa, Edmund? Esa mujer... la del «*snack*»... Estuve tentado de jugar con un cigarrillo encendido sobre sus pezones, pero me controlé. ¿Por qué? No quería dejar ningún indicio, ninguna pista que les condujera hasta mí.

Edmund Glaser rió divertido.

—El que disfrutes torturando a las chicas es lo más peculiar en ti, pero no lo único. Tu disparo, esa asombrosa precisión y puntería, te denunció. Eres buscado por el

F. B. I.

como el sospechoso número uno. Todos los policías en servicio llevan tu foto en la cartera.

—¡Hijos de perra!... Debí salir de inmediato. Sin hacer caso a Gallagher.

—Te hubieran dado caza en el aeropuerto. Reaccionaron muy rápidamente. De poco serviría tu documentación falsa. Tienes que cambiar de cara, Frank.

—¡Al infierno contigo!

Bottoms acudió a un pequeño armario.

Allí estaba su ropa.

—¿Qué haces?

—Ya te lo he dicho, Edmund. Me largo de este agujero. Regresaré en cuatro o cinco horas.

—No puedes hacer eso.

—¿Me lo vas a impedir tú, Edmund?

La fría voz de Frank Bottoms hizo palidecer al individuo.

—No le gustará a Gallagher.

—Llevo dos días encerrado en este sótano, Edmund. Como un topo. No lo soporto más. Garry prometió ayer noche enviarme una mujer. ¡Todavía la estoy esperando!

—Llegará ahora, Frank. De un momento a otro. Me lo ha dicho Garry. Ayer no pudo enviarte ninguna que...

—¿Estás bromeando? —interrumpió Bottoms, con nerviosa risa—. ¡La organización de Gallagher controla cientos de prostíbulos por todo el estado de Illinois! Burdeles, salas de masaje, actrices porno... Toda una cadena de prostitución clandestina y no clandestina está bajo la dirección de Gallagher. ¿Y dices que no encontró ninguna disponible para mí?

—Debe ser una muy especial, Frank.

—¡No hago ascos a ninguna mujer, maldita sea!

Edmund Glaser volvió a reír.

—Creo que no te haces cargo de la situación, Frank. El

F. B. I.

ha centrado la vigilancia en los negocios de Gallagher. Todos los

night-clubs, burdeles, casas de masaje... todas las chicas controladas. Se ha corrido la voz entre ellas. Si alguna acude a una cita con Frank Bottoms. No todas las chicas son fieles a la organización, Frank. Puede haber indiscreciones. Por eso Garry ha considerado prudente esperar.

—¿A qué?

—Uno de los negocios legales de Gallagher es la alta costura. «Stefanis» es una de las mejores casas de modas de Chicago.

—¿Una modelo? ¿Me va a enviar una modelo?

—No, Frank. Algo más seguro. Una mujer no vinculada para nada a la organización Gallagher. Una cliente de «Stefanis».

Bottoms bizqueó.

—¿Una cliente?

—El mundo está podrido, muchacho. Karla, la mujer que dirige «Stefanis», se ha percatado de ello, tanteando a algunas de las clientes. Damas respetables, dignas esposas... capaces de acudir a una cita amorosa a cambio de un buen puñado de dólares o por el último modelito de París o Nueva York. Todo se lleva con mucha discreción. Karla proporciona la dirección a la cliente. Por regla general se trata de individuos que no quieren tratos con prostitutas o peces gordos que disfrutan saboreando la fruta ajena.

—¿Estás hablando en serio, Edmund?

—Seguro, Frank. El propio Garry me lo comunicó telefónicamente cuando me dirigía aquí a abrir la librería. Me anunció que a las doce se presentaría la señora Harrison para visitar a nuestro invitado. Ésas fueron sus palabras.

Bottoms consultó precipitadamente el reloj.

—Faltan... faltan menos de treinta minutos.

—En efecto, muchacho —rió Glaser—. Debes adecentar esta pocilga, retirar los restos de comida, las latas de cerveza vacías... ¡Vas a recibir a una dama!

—¡Ayúdame, maldita sea!

—Debo advertirte algo, Frank, Me lo dijo Garry. Con la tal señora Harrison debes olvidar tus... costumbres. No tiene que sufrir ningún daño físico. Nada de cigarrillos ni grabarle tus iniciales en la piel. Puede que ella no denunciara el hecho, pero si su marido al verla en semejante estado.

—¿Por qué no la liquido?

Edmund Glaser agrandó los ojos.

—¿Estás loco? Bastantes complicaciones tenemos para incrementarlas con un cadáver que...

—Olvidalo. Sólo era una sugerencia.

—Termina tú de arreglar esto, Frank. Voy a la tienda. La he dejado cerrada y la señora Harrison puede adelantarse a la cita. Llamará a la puerta igual que lo hago yo. Ya sabes. Tres golpes consecutivos y dos espaciados.

Frank Bottoms asintió.

Con un movimiento de cabeza.

Sin hablar.

Estaba demasiado excitado.

Frank Bottoms trazó una superficial mirada por la estancia.

Después de retirar todos los desperdicios, aquello continuaba siendo una pocilga.

Apestaba a humedad.

A sudor.

A bestia humana.

Aquel reducido sótano, en principio almacén de la librería, había sido acondicionado para servir de escondite a individuos como Bottoms.

El mobiliario era reducido, aunque confortable. Un sofá-cama

de elásticos muelles, mesa circular, dos sillas, un pequeño armario y un mueble por elementos donde se situaba el televisor en color, bebidas y algunos libros. En uno de los rincones una nevera portátil.

Una puerta conducía a un contiguo cuarto de aseo. Sin bañera. Sólo la taza, el lavabo y una ducha-polibán.

Bottoms sonrió.

Aquello no iba a causar muy buena impresión a la señora Harrison. Ya de entrada, la tienda librería no era gran cosa. Luego la destartada escalera que conducía al sótano.

No.

Aquello no era una *suite*.

Frank Bottoms quedó inmóvil.

Sonaron unos pasos.

Tres golpes a la puerta. Consecutivos. Pausa. Dos golpes más.

Bottoms no se precipitó a abrir.

Acudió al
sofá-cama.

Bajo la almohada su «Super-Star». Siempre a punto. Se apoderó del arma ocultándola con un periódico.

No se fiaba de nadie.

De ahí que aún siguiera con vida después de tan escalofriante y tenebroso *curriculum vitae*.

Quitó el cerrojo para acto seguido abrir la puerta. Se hizo a un lado. La «Super-Star», oculta en su zurda, en posición de disparo.

Bottoms parpadeó.

No esperaba semejante belleza.

Algo fuera de serie.

La mujer era joven. De unos veinticinco años de edad. Pelo castaño. Oíos verdes. Labios...

Aquellos labios, gordezuelos y húmedos, quedaron momentáneamente fijos en la mirada de Bottoms.

—¿Puedo pasar?

Frank Bottoms reaccionó con una sonrisa.

—Adelante, muñeca. Disculpa lo poco... adecuado del lugar; pero estaremos a salvo de miradas indiscretas y habladurías. Soy un hombre casado y debo tomar muchas precauciones.

—No se preocupe por mí.

—Tutéame, muñeca. Mi nombre es... Johnny.

—Yo soy Janice.

Frank Bottoms dejó el periódico con la oculta «Super-Star» sobre la mesa próxima al
sofá-cama.

—¿Me permites tu bolso, Janice? —Al serle entregado, Bottoms lo abrió—. ¿Tienes cigarrillos? Me he quedado sin tabaco y...

—No, lo siento... No fumo.

La torpe disculpa de Bottoms para inspeccionar el bolso pareció pasar desapercibida a la mujer.

Ningún arma.

En cuanto a llevarla encima...

Fue como si los ojos de Bottoms la desnudaran.

Janice lucía un discreto vestido con corta capa sobre los hombros. Elegante y sencillo.

—¿Te apetece beber algo?

La mujer forzó una sonrisa.

—No...

—Perfecto, muñeca. Entonces no perdamos más el tiempo.

Frank Bottoms, más que abrazarla, la estrujó. Buscó la boca femenina. Aquellos labios carnosos y húmedos. Se apoderó de ellos salvajemente.

Janice, tras leves instantes de indecisión, respondió a la caricia. Aceptó el lascivo juego. Sus bocas en desenfrenado duelo. Tendió los brazos tras la nuca de Bottoms. Apretándose aún más contra él. Las caderas femeninas iniciaron un leve movimiento que enajenó a Bottoms.

Arrastró a la mujer hasta el sofá-cama.

La empujó con poca delicadeza.

Janice rió al rebotar levemente en el lecho. Al alzarse las piernas la falda del vestido se deslizó mostrando generosamente los largos y esbeltos muslos enfundados en fino nylon.

La corta capa había quedado sobre el suelo.

La mujer comenzó a despojarse de las medias. Muy lentamente. Con sensuales movimientos.

El negro encaje del *slip* hizo hinchar las venas en la sien de Bottoms.

Janice se arrodilló en el sofá para poder quitarse el vestido.

Frank Bottoms quedó con la boca entreabierta.

Aquella criatura era lo más perfecto que habían contemplado sus ojos.

Los senos femeninos, al quedar libres del sujetador, se mantenían erguidos. Duros. Desafiantes...

La mujer volvió a reclinarsse en el sofá-cama.

Alzó las caderas procediendo a deslizar el *slip*.

Frank Bottoms ya no esperó más.

Con el rostro encendido de lujuria se abalanzó sobre la mujer.

Janice deslizó la mano por el seno izquierdo.

—Estoy... estoy sangrando...

—Un pequeño arañazo sin importancia —rió Bottoms—. Sin duda olvidé cortarme las uñas.

—Me duelen... ¿Puedes humedecer un pañuelo en agua?

—¡Seguro!

Bottoms se incorporó.

Luciendo grotescamente su desnudez pasó al contiguo cuarto de aseo. Demoró unos cinco minutos su regreso.

—¡Eh! ¿Qué haces, muñeca?

Janice terminaba de ajustarse las medias y el *slip*.

—Vestirme. Tengo que irme.

—¿Tan pronto? Pero sí...

—Debo estar en casa antes de que mi... —Janice, tras leve pausa, añadió—: Tengo que irme.

Bottoms rió a carcajadas.

—Debes estar antes que tu marido, ¿eh, muñeca?

Se sentó junto a la mujer.

Comenzó a pasar el pañuelo húmedo por los senos femeninos. Primero lo hizo con suavidad, pero paulatinamente los fue aprisionando.

Janice le rechazó incorporándose.

Se acopló el sujetador para seguidamente introducir el vestido por la cabeza. Anudó la corta capa.

—Una pregunta, muñeca... Fue mejor conmigo que con él, ¿verdad?

Janice no respondió.

Inclinó la cabeza con rubor.

Aquello hizo reír de nuevo a Bottoms.

En desaforada carcajada.

Janice recogió su bolso abandonando precipitadamente la estancia.

Frank Bottoms, sin dejar de reír, acudió a la puerta para pasar el cerrojo. De la nevera extrajo una lata de cerveza.

Bebió hasta vaciarla.

Cuando se disponía a encender un cigarrillo sonaron unos golpes a la puerta.

Tres consecutivos y dos especiados.

Bottoms volvió a reír.

El bastardo de Edmund Glaser llegaba para conocer detalles de la sesión.

Abrió la puerta.

La sonrisa se quebró en el rostro de Bottoms.

Contempló estupefacto el negro cañón que le apuntaba.

—¿Qué... qué significa...?

—Vas a morir, Franky.

Bottoms maldijo su estupidez.

Siempre acudía con la «Super-Star» a abrir la puerta. Siempre desconfiaba. Y ahora...

—No... no dispaes...

Bottoms retrocedió.

Con rapidez se precipitó sobre la mesa. Esperaba oír el disparo antes de llegar.

No se produjo.

Frank Bottoms atenazó la «Super-Star». Con ambas manos. Semi encorvado. Con las piernas abiertas.

Apretó el gatillo.

Ninguna detonación.

La mueca de estupor en Bottoms fue indescriptible. El arma estaba encasquillada. Él, que siempre mimaba al máximo sus instrumentos de trabajo, iba a morir como un novato.

Accionó una y otra vez el gatillo.

Sonaron los disparos, pero no de la «Super-Star».

Frank Bottoms recibió el primer proyectil en el vientre. Sus aullidos de dolor se convirtieron en estertor al acopiarse en el pecho el segundo proyectil. Un tercero en la boca. El cuarto en los ojos... y el quinto terminó por convertir el rostro de Bottoms en una deforme masa sanguinolenta.

CAPÍTULO XII

El inspector Walker extendió los papeles sobre la mesa.

—Es de lo más sorprendente... No hay duda, Goring. Puede comprobar las huellas dactilares. Se trata de Frank Bottoms.

Ralph Goring examinó el informe.

En efecto.

Las huellas obtenidas del cadáver coincidían con las del archivo del Federal Bureau of Investigation.

—¿Gallagher?

—¿Lo cree así, Goring? ¿Obra de Garry Gallagher?

—No, señor. La mafia, ninguno de los «capos», perdonaría a Gallagher el matar a un elemento como Frank Bottoms. De haber sido ordenado por Gallagher, ¿por qué matar también al tal Edmund Glaser? Esa librería era un lugar desconocido para nosotros. Ignorábamos su vinculación con la organización Gallagher. Éste, de desear la muerte de Bottoms, hubiera actuado más cautamente. No dejaría dos cadáveres en espera de que fueran descubiertos por un cliente de la librería. No fue Gallagher. Apuesto que él también está sorprendido.

—Comparto su opinión. El cliente que entró en la librería descubrió el cadáver de Edmund Glaser tras el mostrador. Un tiro en la nuca. Luego se descubrió el cadáver de Bottoms en el sótano.

—Una «Wilkinson» —murmuró Goring, consultando los papeles.

—¡Allá! Una automática «Wilkinson Diane», calibre veintidós. Una bala para Glaser y las cinco restantes para Bottoms.

—Un asesino poco equitativo.

—¿Sospecha lo mismo que yo, Goring?

Ralph Goring entornó los ojos.

Enfrentando su mirada a la del inspector.

—Es fácil deducir que se ensañó con Frank Bottoms.

—¿Para vengar la muerte de Mike Norton... o la de Judith

Reed? Estamos buscando a William McHugh. Dio esquinazo a nuestros muchachos esta mañana. Estamos trabajando a marchas forzadas. Éste es un caso que no me gusta nada. Empezó mal... y me temo que terminará peor. Hay una mujer de por medio.

—¿Insinúa...?

—Tranquilo, Goring. Nada hay contra Myrna Norton. Acabo de hablar telefónicamente con uno de nuestros agentes de Springfield.

—¿Ha ordenado investigar a Myrna? —inquirió Goring, con duras facciones.

—¿Por qué no? También a usted, Goring. Nadie está libre de sospechas. Al igual que Myrna podía haber planeado vengar la muerte de Mike Norton.

—¿Tengo buena coartada?

—Olvide los sarcasmos, Goring. Usted no fue. Tampoco Myrna Norton. Nuestro agente en Springfield la vio salir de casa con el pequeño Freddy, fueron al zoo, pasearon por el parque, un helado de fresa para Freddy... Luego regresó a casa. Y ya no volvieron a salir hasta avanzada la tarde para... ¿Le ocurre algo, Goring?

Ralph Goring movió lentamente la cabeza.

—No, señor...

—Puede seguir leyendo el informe. Hemos llegado a la conclusión de que Frank Bottoms recibió a una mujer poco antes de morir. Sin duda una de las...

—¿Sigue Clark Russel en su domicilio? ¿En Malle Boulevard?

Donald Walker parpadeó perplejo por la interrupción.

—Sí...

—Disculpe, señor.

Ralph Goring abandonó precipitadamente las dependencias del F. B. I.

Al volante del «Buick» acopló la sirena de alarma sobre la capota. El tráfico, en aquellas primeras horas de la noche, era intenso. Al adentrarse en la zona residencial del Barrio Irving enmudeció la sirena.

Enfiló por Malle Boulevard.

Una de las más modernas avenidas de Chicago.

Los *bungalows* se alineaban a ambos lados de la arbolada calle.

Ralph Goring estacionó frente al señalizado con el número 2088. Descendió del vehículo.

No se veía luz alguna en el *bungalow*. Ni tan siquiera la del porche o en el pequeño jardín de entrada.

El agente del

F. B. I.

avanzó hacia la casa.

Al subir los dos escalones del porche se percató de que la puerta de entrada al *bungalow* permanecía entreabierta.

Empujó la hoja de madera.

Conocía aquella casa. La había visitado anteriormente en compañía del inspector Walker. En las frecuentes conversaciones realizadas para convencer a Clark Russel. Goring se adentró en el *bungalow*.

La primera de las puertas del corredor correspondía al despacho-biblioteca.

El *G-men* tanteó la pared hasta dar con el interruptor.

La estancia se iluminó.

Allí estaba Clark Russel. Tras la lujosa mesa escritorio. Reclinado en el confortable sillón. La cabeza ladeada. Los ojos muy abiertos. Desmesuradamente abiertos. Un hilillo de sangre resbalaba por su sien izquierda.

Ralph Goring se percató de un leve movimiento en los cortinajes.

Esbozó una amarga sonrisa.

—No es necesario que te escondas, Myrna.

Myrna Norton apareció tras los cortinajes. Lucía un sencillo vestido adornado con corta capa sobre los hombros.

Las facciones pálidas.

En su diestra una automática «Wilkinson».

—¿Vas a disparar contra mí, Myrna?

La mujer arrojó el arma sobre uno de los sillones de negro cuero que adornaban el despacho.

—No... no sería capaz...

—Has sido capaz de muchas cosas, Myrna —dijo Goring—. No te favorece ese pelo teñido, ni las lentillas verdes, tus ojos azules eran más dulces.

—Ya no soy la Myrna que tú conocías, Ralph. Ésa murió con Mike.

Goring se aproximó atenazando furioso los hombros femeninos.

—¡Myrna!... ¡Myrna!... ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Cómo has podido?

—Tenía que hacerlo, Ralph. No podía dejar sin castigo la muerte de Mike. Él lo era todo para mí. ¡Había muerto! ¡Muerto suplantando a un ser despreciable! Y su sacrificio no había servido para nada. Todo seguía igual. Ninguna prueba contra Garry Gallagher... Tenía que vengar a Mike. Mi corazón se llenó de odio. De fuertes e inhumanos deseos de venganza. Acabaría con ellos. A cualquier precio.

—¿Cualquier precio?

—Sí, Ralph. Nada me importó con tal de poder ejecutar mi venganza. Me caractericé. Al igual que lo hizo Mike. Tiene gracia, ¿eh?... Yo conocía donde Mike establecía contactos con los soplones. El mismo día de mi salida hacia Springfield tomé un avión nocturno de regreso a Chicago. Deambulé. Preguntas al azar, conversaciones, dólares... Una *call-girl* me habló de la debilidad de Frank Bottoms por las mujeres. Ninguna profesional del amor acudiría a él. Ordenes de Gallagher. Empezaba a temer el fracaso. Me desesperaba no poder dar con Bottoms, el sospechoso número uno. Su presencia en Chicago le señalaba como el asesino de Mike. Empezaba a desesperar, cuando me informaron de cierta casa de modas controladas por la organización Gallagher, Resultó sencillo. La propia directora de «Stefanis» me lo insinuó. Quinientos dólares por... visitar a un cliente. Máxima discreción. Algo en mi interior me dijo que se trataba de Bottoms. De no ser él hubiera dado marcha atrás con cualquier disculpa; pero sí... era él...

El rostro de Myrna se transfiguró.

Sonrió en extraña mueca.

—Myrna...

—Déjame seguir, Ralph. Quiero contártelo todo. Llevaba una pistola. No entré en la librería con ella. Tal como sospechaba, me registraron muy diplomáticamente. Tanto Glaser como Bottoms. Yo ignoraba cuántos hombres había allí. Tenía que seguir el juego. Aquel nauseabundo y repulsivo juego... No me importó. Al final estaba mi venganza. Encasquillé el arma de Bottoms. Pude matarle, pero temí la reacción de Glaser al oír el disparo. No quería morir sin haber culminado mi venganza. Al salir tomé mi pistola del auto. Regresé y, con la disculpa de comprar un libro, hice que Edmund

Glaser me diera la espalda. Apreté el gatillo apoyando el cañón en su nuca. El disparo quedó muy amortiguado. Luego Frank Bottoms... ¡Oh, Ralph! Aullaba... a cada impacto su cuerpo se sacudía vomitando sangre...

—Myrna...

—¿No estás contento, Ralph? Era la única forma de vengar a Mike. Utilicé vuestro mismo plan. Suplantación. Una amiga de confianza de Springfield, ajena a mis propósitos, quedó con Freddy. Caracterizada como si fuera yo. Si el

F. B. I.

investigaba mi coartada... —Myrna parpadeó, tras breve pausa, añadió—: ¿Cómo averiguaste que yo...?

—Muy simple, Myrna. Casi pueril. Un agente de Springfield contempló cómo... «Myrna» compraba un helado a Freddy.

La mujer sonrió.

—Y recordaste la grave indisposición que sufrió Freddy el año pasado. Por tomar un helado. Juré que jamás volvería a dárselo.

—No quería pensar en ello, Myrna. Quería desterrar de mi mente esas sospechas. Tú no podías ser capaz...

—Ya casi ha concluido mi venganza, Ralph. Clark Russel era otro de los culpables. Antes de matarle le obligué a telefoneara Gallagher.

—¿A Gallagher? Pero... ¿te has vuelto loca?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo bruscamente una voz desde la puerta.

Ralph Goring giró.

Cuatro individuos.

Dos de ellos armados respectivamente con una «Marietta» y una «Luger».

Él agente del

F. B. I.

reconoció a uno de los individuos.

El que había hablado.

Se trataba del todopoderoso Garry Gallagher.

—Muerto, jefe. Más muerto que mi abuela.

Garry Gallagher, con su voluminosa figura enfundada en elegante traje a medida, sacudió la cabeza. Los mofletes de su rostro pálidos como la cera.

—Muerto... eso significa...

—Significa que «algo» escondido por Clark Russel saldrá pronto a la luz —dijo Goring—. Alguien lo entregará a la policía cuando se descubra la muerte violenta de Russel. Así lo habrá dejado dispuesto.

—Y esta maldita víbora es la culpable de todo...

Myrna mantenía una escalofriante sonrisa.

Su odio era superior al miedo.

—Yo ordené pistola en mano a Russel que te telefoneara.

—¿Para qué?

—Quería conocerte personalmente, Garry —murmuró Myrna con tensa voz—. Al decirte Clark Russel que iba a entregar todos los documentos comprometedores, sabía que no tardarías en acudir.

Garry Gallagher desvió la mirada hacia uno de sus hombres.

—¿Estás seguro de que el *G-men* llegó solo, Peter?

El llamado Peter asintió.

—Le vi salir de un «Buick», jefe. Ningún otro auto apareció por la zona.

—Correremos el riesgo. Vamos a dar un paseo, *G-men*. Tu muerte será rápida, pero a esta maldita bruja le voy a dedicar una sesión muy especial. ¡Desármale, Daker!

Daker era el individuo cercano a la mesa escritorio.

Se aproximó a Goring.

El agente del

F. B. I.,

aunque encañonado por dos hombres, decidió actuar. Fue él quién se abalanzó sobre Daker al mismo tiempo que llevaba su diestra a la funda sobaquera.

Gallagher vociferó:

—¡Fuego!... ¡Barrer también a Daker!

Los dos individuos obedecieron.

El portador de la «Marietta» hizo teclear el arma.

En mortífera ráfaga.

Ralph Goring, por las sacudidas de Daker, percibió los impactos. Escudado tras el individuo perdió el equilibrio, no sin antes responder al fuego.

El hombre de la «Marietta» cayó con un balazo en la cabeza.

Goring quedó a merced del individuo de la «Luger».

La intervención de Myrna le salvó la vida.

La mujer estaba en el suelo. Apoyada sobre el sillón. Disparó la «Wilkinson» con certera puntería. Luego desvió lentamente el cañón hacia Garry Gallagher.

Con una feroz mueca.

—No... no... —suplicó Gallagher, retrocediendo torpemente.

Ralph Goring también gritó, pugnando por zafarse del cadáver de Daker e incorporarse.

—¡No lo hagas Myrna!... ¡No dispa...!

Entre ceja y ceja.

Garry Gallagher cayó con gran estruendo. Y con él toda una vida de vicio, corrupción y muerte.

La humeante «Wilkinson» escapó de la mano de Myrna.

Ralph Goring se inclinó sobre la muchacha.

Fue entonces cuando se percató del rojo orificio dibujado sobre su seno izquierdo. Alcanzado por una de las balas de la «Marietta».

—Myrna...

—Voy a morir, Ralph, era lógico que así fuera... ¿qué iba a hacer yo sin Mike?... La venganza...

—No hables, Myrna. Iré a...

—No, Ralph... no me dejes ahora... ya no necesito nada... he terminado con ellos... y lo volvería a hacer... la venganza es el más delicioso de los...

—No, Myrna, No lo es.

Los ojos de la muchacha se nublaron.

Un hilillo de sangre asomó por la comisura de sus labios.

—Ralph... Ralph... ¿dónde estás?... No te veo... Sólo veo el fantasma de la muerte... Ralph... ¡Oh, Dios mío!... Dios mío... Perdón... Ralph... ¡Ralph!...

—Estoy aquí, Myrna. A tu lado.

Goring presionó entre sus manos la zurda de la mujer.

—Freddy... cuida de mi Freddy...

—Te lo prometo, Myrna.

La mujer movió los labios.

Sus palabras fueron un tenue susurro.

Sólo Ralph Goring pudo oírlas.

Y se unió a ellas en muda oración.

EPÍLOGO

Las palomas emprendieron el vuelo ante la carrera del pequeño Freddy.

Ralph Goring se reclinó en el asiento del parque.

—No hagas mucho caso de los titulares de los periódicos, Stella. Ciertamente que la organización Gallagher, sin su máximo dirigente y encarcelados los principales jefes, ha sufrido un duro golpe; pero el terreno está sembrado. Otros lo ocuparán. Es la eterna lucha contra el imperio del crimen.

—Entonces, lo de Clark Russel...

—Oh, sí. Pruebas comprometedoras. Rodarán muchas cabezas. Cientos de negocios de la organización serán clausurados. Ya te lo he dicho. Un duro golpe para ellos y un gran triunfo para la justicia; pero renacerán de las cenizas.

—Pareces triste, Ralph. ¿Piensas en... Myrna?

—Sí. El éxito ha sido a gran precio.

—Yo puedo ayudarte a olvidar, Ralph. Déjame hacerlo.

Se miraron a los ojos.

Goring sonrió.

Su brazo derecho rodeó los hombros de Stella.

—Te necesito Stella. Mejor dicho... te necesitamos.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—¿Freddy?

—Sí, Stella. Le juré a Myrna... —Goring esbozó una amarga mueca—. Bueno, tengo ese feo vicio. Ante el cadáver de Mike hice un juramento que jamás debió brotar de mis labios. Odio, venganza. No lo cumplí. Con Myrna será diferente. Prometí cuidar a Freddy.

—Lo haremos, Ralph. Yo quiero al pequeño.

Goring atrajo a la muchacha contra sí.

—Solicitaré al inspector que me amplíe la semana de permiso. Tenemos que hacer muchos planes para el futuro. Los iniciaremos

con una licencia de matrimonio.

—¡Oh, Ralph!... ¿no te arrepentirás?

—¿Arrepentirme? ¿Por qué?

—Tú... no eras muy partidario del matrimonio. ¿Lo haces por Freddy?

Ralph Goring atrapó los hombros de la joven obligándola a enfrentarse a él.

—Te quiero, Stella. Te quiero y te necesito. Tal vez resulte utopía, pero busco la felicidad. Aunque sea tan frágil como una máscara de cristal. La misma que se quebró en Myrna. La felicidad se refleja en tus ojos. En los de Freddy... Sé que existe, Stella. Hay otro mundo ajeno al odio, venganza, maldad, muerte...

Stella asintió.

Con nublados ojos.

Sonrió.

—No te defraudaré.

Freddy llegó corriendo.

De nuevo las palomas emprendieron el vuelo.

El pequeño se abrazó a Stella.

—No te defraudaré, Ralph —volvió a repetir Stella, ahora con lágrimas de felicidad brotando de sus ojos—. No te defraudaremos...

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

